



Klim

Memorias de un Amnésico

El áncora editores

Las crónicas de Lukas en **El Espectador** y de Klim en **El Tiempo** seguirán haciendo reír al país como el fruto del ingenio y las travesuras de la mente del Lucas Caballero Calderón. Por este motivo, tengo para mí la certeza de que los que fueron sus lectores, que tanto lo admiraban y lo celebraban por haberle seguido los pasos durante 45 años de labor periodística, hoy, más que nunca, van a gozar los textos inéditos de las que, sin pretensión, quisieron ser sus memorias. Y digo quisieron ser, por el hecho de que él apunta. "Con los años he ido perdiendo radicalmente la memoria", pero que yo caprichosamente después de haberme tomado unos tragos con él y de haber hablado del que fue su último proyecto, he querido respetar parte del título del que se habló esa noche, lo cual prueba que yo también soy desmemoriado, y que llegan ahora a nosotros como las **Memorias de un Amnésico**.

Nos ofrece una serie de apreciaciones y recuerdos que lamentablemente quedaron trancos por el hecho de que con la muerte nunca se sabe. Este fue el último de los trabajos en el que se embarcó Klim antes de dejarnos y que trata de temas tan disímiles como lo son el país, la política, su familia y otros que son tratados con el humor y la destreza de siempre.

Desafortunadamente por causa de aquellos reveses que nos juega la vida, Klim no pudo terminar de escribir su obra. Las razones son obvias y de todas maneras dentro del tintero se quedaron flotando en el enfrentamiento de siempre, las semblanzas políticas de Carlos Lleras Restrepo y de Alfonso López Michelsen, que recortan los ases del liberalismo a dos solamente: Alberto Lleras Camargo y Julio César Turbay Ayala.

Parece que Klim se hubiera llevado en las mangas de la bata los otros dos para juzgarlos a su acomodo, no obstante, el país conoce mucho tiempo atrás los comentarios que él hacía de estos personajes.

A quienes interesa que se haga una presentación de Klim podemos decir que al igual que los árboles que nacen, crecen, se reproducen y mueren, los anteriores requisitos los llenó de la siguiente manera: El primero, accidentalmente en Bogotá el 6 de agosto de 1913. A lo segundo, para fortuna del país ninguna de las instituciones en las que hizo sus estudios pudo rebajarle el sentido del humor. A lo tercero, llega al periodismo en el año de gracia de 1936 bajo el seudónimo de Lukas y como columnista de **El Espectador** (1936-1942). Escribe para **El Tiempo** bajo el seudónimo de Klim (1942-1977). En 1977 vuelve con **El**

Espectador por motivo de todos conocido. Allí nació y allí mismo murió (1977-1981). Ha colaborado con infinidad de revistas y publicaciones, autor de varios libros. **Memorias de un Amnésico**, su obra póstuma es la que precisamente nos enorgullece poder entregar a ustedes hoy. Al cuarto y último, se fue discretamente cuando se encontraba en uno de los mejores momentos de su carrera. Bogotá 15 de julio de 1981.

Es claro, entonces, que Lukas o Klim tuvieron varias épocas que van desde la casa paterna y el uniforme del colegio, pasando por el saco, chaleco y pantalón que exigían las convenciones del momento, hasta llegar finalmente a su encierro voluntario y al combativo estado de bata y pijama que lo caracterizó, y que fue en últimas, el único atuendo en el que se le veía a gusto.

Así, fiel a su vocación y no teniendo otro oficio que el de escribir, su actitud fue la del humorista espontáneo que ve a los hombres, amigos o enemigos, a los hechos, conocidos o extraños, como son y no como ellos quieren que los vean. Si la memoria no me falla, éstos son los detalles y el mismo metal noble en los que se encuentran fundidas las **Memorias de un Amnésico**.

Lucas Caballero Reyes

MEMORIAS DE UN AMNÉSICO

Lucas Caballero-Klim



EL ÁNCORA EDITORES

CONTENIDO

Capítulo I

Éste no es un libro de memorias

Capítulo II

Yo jamás he ahondado en la gerontología

Capítulo III

Los campesinos viejos

Capítulo IV

Las vías digestivas

Capítulo V

La víspera del chequeo general

Capítulo VI

Los Caballero Barrera

Capítulo VII

El general, mi padre

Capítulo VIII

La primera vez que yo entré al escritorio de San José de Suaita

Capítulo IX

Los cuatro ases del liberalismo

Capítulo X

Alberto Lleras Camargo

Capítulo XI

Julio César Turbay

ÉSTE NO ES UN LIBRO DE MEMORIAS

Éste no es un libro de memorias, sino un libro yo no sé exactamente qué, por una razón que consideró válida pero dolorosa. Con los años he ido perdiendo radicalmente la

memoria. Fui a donde un médico me recomendó mi familia, le conté lo que me estaba pasando y me sometió a un interrogatorio deprimente.

- ¿Edad?, me pregunto.
- me niego a responder, lo de la edad es tema impropio de varones. Las mujeres son las que se preocupan por los años que puedan tener sus amigas. Yo no.

El doctor, volviéndose a su secretaria que estaba llenando mi hoja clínica, le dijo:

- Póngale setenta.
- ¡Viejo vergajo!
- ¿Decía usted algo?
- Usted qué cree...
- Cuénteme, entonces, doctor Caballero, ¿ha habido bobos o dementes en su familia...?

- No, doctor, pero tengo varios parientes rotarios, si eso responde a su pregunta.
- ¿Es bebedor o lo ha sido alguna vez?
- Fui lo que llaman ustedes los médicos un bebedor social. Hoy, por causa del actual gobierno, sólo bebo Colombiana la nuestra...

- lo mismo que yo, dijo el doctor, humanizándose. No bebo whisky sino cuando me invita mi cuñado, que es el líder sindical. Es riquísimo...

- ¿El whisky, doctor, o su cuñado?
- Los dos, mi querido amigo, los dos... pero me permito recordarle que quien interroga no es usted sino yo.

- ¿Cómo se gana la vida?
- Como periodista...
- ¿De televisión?
- No, doctor, soy independiente...
- Ujum, malo, malo... no me gusta nada.
- ¡Ah, carajo! ¿Le parece malo que yo sea independiente?
- No, no es eso. Lo que me parece malo, no sólo para usted sino para mí, es que no sea periodista de televisión, ganan bastante ¿sabe? Usted perdonará que en lo sucesivo, si hay lugar a ello, le cobre las consultas por adelantado. Y, continuando con lo nuestro:

- ¿ha tenido venéreas?
- Un momento, doctor, váyase al lugar adecuado. ¿Usted cree que yo vine aquí a examinarme de la memoria o a pedirle la mano de una de sus hijas?

- No, doctor Caballero, no se acalore, se trata de preguntas de rutina. Lo que deseo saber, planteándoselo de otra forma, es si su serología es negativa...

- Lo es, doctor. Y no es que yo sea amigo de hablar elogiosamente de mí mismo, con un narcisismo propio de precandidatos y de expresidentes, sino que usted, con sus impertinencias, me obliga a hacer una excepción. Créame que no lo digo por impresionar a su secretaria, un bombón con unas piernas y un en que sentarse dignos de alternar con su precioso equipo de lactancia. Un equipo como para un concurso de Miss Teclas. No, no lo digo por eso, aunque si ella quiere que él le amplíe en privado estos conceptos, usted sabe, doctor, que la cuenta puede mandarla con ella a esta dirección. Lo digo porque en mi serología no podrá encontrar usted ni la huella de la huella de una Cruz, como no sea la de la Cruz del Salvador muriendo por la humanidad en el calvario...

- está bien, doctor caballero, lo felicito, pero en cuanto a orina ¿cómo estamos?

- Yo no sé cómo estará la de usted, pero la mía no puede estar mejor. No hay en ella albúmina ni sedimento ni cilindros. Es de color ámbar purísimo, y si la viera usted en una copa, creería hasta por las burbujas que es una muestra de genuina champaña francesa. No es por presumir, pero que orina, doctor, ¡que orina!

- No me ha hablado de cocos... ¿los tiene?

-No, mi doctor, tampoco: si usted quiere saber de cocos le aconsejó que pase su próximo fin de semana en San Andrés, islas. Los produce en abundancia.

-Bien ¿Fuma usted, doctor caballero?

- Sí, doctor, casi permanentemente...

-¿Mona, nacional o rubio?

-Rubio. El nacional, que es el cigarrillo al cual me empujan mis sentimientos patrióticos, me sabe horrible, y la mona, doctor... Bueno, lo que quiero decirle es que tengo un hijo al cual, según el catecismo Astete, que es la estrella polar que rige todos los actos de mi vida, debo darle buen ejemplo y estado natural a su tiempo...

-entonces, ¿no, fuma mona?

-No, doctor.

En ese momento interrumpió la Secretaría para decir, con un mohín encantador:

-Y hace bien, doctor caballero. Últimamente, figúrese que la están mezclando con hojas de matarratón... la honradez está ausente del comercio.

- Señorita Greta, le ruego abstenerse de intervenir. El médico soy yo...

-Sí, pero la que ha tenido que fumar matarratón es mí. El matarratón acorta el viaje...

-No se dice mi sino yo.

-No discutan por simplezas gramaticales. Eso quiere decir, mi doctor querido, que el doctor Turbay -que vive viajando y cuyos viajes duran por lo menos un mes- no debe fumar matarratón. Consideró interesante el dato. Y Gretica querida, ¿puedo decirle así?, yo no soy doctor... dígame Lucas.

-Doctor caballero, en mi vida profesional no me había tocado presenciar nada parecido...

Dígame: fuera de fumar rubios... a propósito, ¿tiene uno?... ¿en su vida no hay algún secreto horrible, como quien dice, algo infame y vergonzoso que ocultar? La amnesia, o pérdida de la memoria, es muchas veces, un mecanismo defensivo del ego para rechazar algo que lo abochorna...

-Doctor, usted lo ha dicho. Lo hay, pero les pido, tanto a usted, como a Gretica, la mayor comprensión... tengo un sentimiento de culpabilidad que me impide levantar ante mis semejantes la cabeza... es en relación con el Mandato Claro...

-No me diga. ¿Acaso usted fue consejero de López Michelsen durante su funesto período o inspiró en alguna forma su conducta oficial..?

-No, doctor, el señor me ampare me favorezca. No fui su consejero, pero, para mi modo de ver las cosas, fui algo peor. Y al decir esto me senté a llorar desconsoladamente en el dulce regazo de Gretica... entre ella y el doctor me consolaron. Confieso que cuando tenía mi cabeza recostada sobre el mórbido gusto de la niña, le susurra al oído mi teléfono y le manifesté:

Prométame, sumercé, llamarme a ese número y dejo de llorar.

Diez segundos después mis ojos se habían secado, pero no quiero que esta inocente confesión pueda empañar la reputación inmaculada de Gretica, tan blanca como su primorosa batica de trabajo. Honni soit qui mal y pensé. El doctor, reanudando el hilo de la conversación, volvió, implacable, a la carga.

-Doctor caballero, me dijo, si usted no fue consejero del doctor López, sino juzga que fue algo peor, dígamelo sin ninguna pena: ¿qué fue?

Fue y sigo siendo, doctor, su primo...

-¡Horrible!, murmuró Gretica.

-¿Horrible?, mi doctor querido, ¡horrible!, repitió el hijo de Hipócrates, ¿primo carnal?

No, doctor, ni tanto honor ni tanta indignidad: apenas primo político. Ese bergante está casado con una prima mía.

El doctor me abrazó con emoción.

-Eso le exonera de culpa ante Dios, ante la sociedad y ante mí. ¡Yo lo perdono!

-Y yo también, agregé Gretica abriendo los brazos para que yo me arrojara en ellos y al hacer este movimiento, la parte alta y más mullida de su bata de trabajo empezó a agitarse deliciosamente,. Como si desde adentro la estuvieran picoteando dos palomitas cautivas, ansiosas de abandonar su jaula.

-Doctor, pregunté yo entonces ¿y si la pérdida de la memoria continúa?

-En tal caso, si sería imperativo dejar el cigarrillo.

Me ha sido imposible dejarlo y por eso este libro no es un libro de memorias.

Me despedí del doctor, quien no sólo se negó a cobrarme la consulta sino que, para extremar su gentileza, le concedió la tarde libre a Gretica. Salimos juntos y ya la calle ya me preguntó:

-¿y ahora qué hacemos, mi amor?

-Eso sí, querida, le respondí, dejemos que lo adivinen los lectores.

YO JAMÁS HE AHONDADO EN LA GERONTOLOGÍA

Yo jamás he ahondado en la gerontología. Me basta con haber aprendido a pronunciarla y saber que es algo así como un alias o sobrenombre de la vejez. Como yo escribo en los

periódicos, y aquí sólo se habla de fútbol y política, por fuerza tengo que referirme con frecuencia a estos dos temas que entre nosotros tienen en común que ambos se juegan con los pies. Cuando nuestra selección Colombia compite en el exterior y regresa al país con sus maletas atestadas de victorias morales no se necesita preguntar nada más. Eso quiere decir que la cundieron a goles. El país, en cambio, piensa que ha obtenido un gran triunfo diplomático cuando el Presidente López Michelsen, en el curso de una ruidosa jarana de compadres en la isla Contadora, renuncia a todos los derechos que nos confería, en el canal de Panamá, el tratado Urrutia-Thompson, para luego recuperarlos, bastante disminuidos, mediante el tratado Vargas-Ozores. "López es un gran internacionalista", corean, alborozados, sus áulicos. "¡López lo es lo máximo!", comenta, feliz, Omar Torrijos, el dictador panameño, eructando brandy. Y la gente, que sí sabe de esas cosas, sin poder ocultar su desconsuelo, observa que López le anotó un funesto autogol a la soberanía colombiana. Entonces, el presidente Turbay, convencido de que ese es un augurio propicio, se declara partidario, sin serlo, del mundial de fútbol.

La diferencia entre el fútbol y la política criollos, admitiendo que los dos se juegan con los pies, es que los futbolistas son jóvenes y los políticos casi siempre viejos. Esto confunde a los lectores de los diarios en los que yo escribo, los cuales piensan que cuando aludo a la asombrosa insenescencia de algunos dirigentes, lo hago con la intención de fastidiarlos. Mentiras. Cuando yo nombro al Premier Germán Zea, por ejemplo, quien actúa activamente en la vida pública desde que el general Santander, en unión de Alberto Lleras, fundó el partido liberal, en esa mención sólo hay admiración y cariño. Yo quisiera llegar a su edad con esa piel de melocotón, fresca y sin una arruga, como el trasero del Divino Niño en el pesebre de Belén. Con esos dos graciosos hoyuelos en el rostro, como los que le ganaban todos los corazones a la actriz Shirley Temple cuando era niña, porque ahora se convirtió en una vieja papuja, culibajita y enana. Y con esos ojos andaluces y ese cambiar de ritmo político, en los que se reconoce la gracia y el tronío con que las bailaoras gitanas, según el caso, se arrancan por peteneras y por soleares. Yo admiro a Germán, repito, y lo admiro por eso, no por ser el substituto obligado del presidente Julio César Turbay, en sus frecuentes e innecesarios viajes al exterior. Él me recuerda, pero más gordo, al dios Mercurio, el raudo mensajero del Olimpo, a quien la mitología presenta con sombrero, caduceo y sandalias aladas, prendas que Julio César, para estar a la moda, ha substituido por el cubilete de los desfiles militares, el bolígrafo de ganar las elecciones y los jumbos de Avianca.

La vejez no está en los años sino en las fallas orgánicas, en la salud declinante. Hay jóvenes a quienes el alcohol les produce náuseas, la buena mesa ventosidades y a la vista de las mujeres hermosas su organismo se olvida de presentarles armas. No hablo yo del corazón, tan calumniado por la literatura romántica. Yo creía, ciegamente, cuando todavía no había cambiado de voz ni me apuntaba el bigote, en lo que decían las novelas rosa que me hacían leer, alma bendita, mi tía Magolita.

"El vizconde Renato de la Fouchardièrre -decía una de ellas cuyo nombre he olvidado- al estar delante de la tímida y espiritual Rosina a quien el sol le arrebolaba mimosamente en las mejillas, en la solitaria glorieta del castillo, experimentó una extraña turbación y sintió que el corazón se le paraba". Sospecho que el vizconde Renato debía tener una secreta cardiopatía, heredada seguramente de los De la Fouchardièrre, porque cuántas veces yo me he encontrado en situaciones similares a la suya, no es exactamente el corazón lo que se me ha parado. Yo lo atribuyo al hecho de no haber nacido vizconde.

No me di cuenta si no después de que había personas a quienes con la edad les pasaban cosas extrañas; empecé cuando anunciaba visita donde mi abuela Ana Rosa, un viejo

amigo de la familia, don Faso Plata. En tales ocasiones, ella hacía que María Mayorga, sirvienta muy eficiente con aspecto de granadero, distribuyera escupideras de metal por todos los sitios estratégicos de la sala. Una aquí, otra allá, otra más allá. La previsión no podía ser más sabia, porque don Faso, que había peleado como un león en la guerra del 85, tenía de ella una honrosa e incurable bronquitis. En efecto, cuando una fuerza conservadora, considerablemente superior en número, había aniquilado a la que él comandaba en la célebre acción de La Laguna, don Faso había salvado su vida sumergiéndose en sus heladas aguas durante tres días, con una cañabrava en la boca para poder respirar. "Fueron tres largos días, mi señora Ana Rosa, hasta que a esos hijuepuercas godos se les vino en gana largarse", y refería don Faso, que era Santandereano, y descargaba el pecho, ¡pimmm!, con certera puntería, contra la escupidera más próxima las secuelas de esa homérica hazaña, junto con una merecida aureola de héroe, le habían ocasionado a don Faso lo que la incipiente ciencia de aquel tiempo denominaba una bronquitis de pantano. Eso significa, hablando en cristiano, que don Faso había quedado con los pulmones perdidos. Como los chuchos esos que se acostumbra sacudir en las navidades para acompañar los villancicos:

"Quítenle las pajas al niño, d'encima,
que si el niño llora, algo le lastima".

La casa de mi abuela era una hermosa casona colonial, situada en el decadente barrio de la Candelaria, según dice el presidente Turbay, con enormes salones, amplios y resonantes corredores y un patio principal, pues había varios, con grandes arcadas de las cuales colgaban en nidos de musgo, sostenidos con rústicos armazones de madera, las orquídeas. En la mitad del patio, rodeada de matas, que cuando estaban florecidas se mecían suavemente, salpicando el aire de colores, se alzaba una pila colonial desde cuya arandela superior un angelito regordete lanzaba el agua al cielo a través de su inocente y mínima virilidad. La casa estaba situada en la calle doce, entre carreras cuarta y quinta, y, desde mucho antes de llegar, don Faso anunciaba su inminente arribo con grandes golpes de tos. El prócer hacía su entrada, poco después, escupiendo, a su paso, en todas direcciones sus tremendas descargas pulmonares, las tazas de cilantrillos y geranios que flanqueaban el corredor. Mamá Toya, haciéndose cruces, murmuraba de dientes para adentro. "¡El señor debiera acordarse ya de este viejo cochino y llamarlo a su seno!".

Mamá Toya, claro, respiraba por la herida, porque mi abuela, cuando don Faso se remataba de la tos, le ordenaba que atrapara con una escupidera especial los tiros erráticos y con curva, como los de los lanzadores del béisbol, que despedía de pronto, con la fuerza de cañonazos, el héroe impertérrito de La Laguna.

Los niños no teníamos acceso a las visitas de los mayores, y menos a las de don Faso, que era tan suelto de pecho como de vocabulario. No negaba él su recia estirpe Santandereana y, entre lanzamiento y lanzamiento, para celebrar su puntería casi prusiana, decía indefectiblemente: "ah hijuepuerca". Lo cual quiere decir que nunca decía otra cosa. Yo, con el oído pegado al ojo de la cerradura, asistí a dos visitas suyas, acuciado por mi curiosidad infantil, pero no asistí a la tercera. Las toses de don Faso ahogaban el ruido monótono de la conversación y no se oía nada, fuera de sus "ah hijuepuercas" atenuados y de la vibración metálica de las escupideras cuando don Faso las alcanzaba con su increíble artillería pulmonar.

- ¡Ah hijuepuerca!... ¡Piimmm!
- ¡Piimmm! ¡Ah hijuepuerca!
- ¡Ah hijuepuerca!... ¡Piimmm!
- ¡Piimmm! ¡Ah hijuepuerca!

Era algo tan reiterado y fatigante como la letra tonta de los vallenatos o como los discursos insulsos de los diplomáticos cuando presentan credenciales. Esto, desde luego, yo sólo vine a comprobarlo mucho más tarde cuando la televisión llegó a perturbar la paz de los hogares con los noticieros oficiales y con el estruendo alienante del folclor de los departamentos de la costa.

Don Faso fue la primera persona, pues, pese a sus altas glorias militares, que me hizo asociar la vejez a los deterioros orgánicos. Unos años después, cuando le dio la piorrea y le colocaron arriba y abajo sus dentaduras postizas, mi abuela Ana Rosa no volvió a invitarlo. El día en que fue, lleno de orgullo, a enseñarle ese escalofriante muestrario de lápidas uniformes que lo hacían sonreír con una sonrisa como de galería del cementerio, sucedió algo imprevisto y fatal. En uno de sus habituales ataques de tos, sin que él pudiera evitarlo, se le dispararon violentamente las dos cajas y alcanzaron en el cuello a Santa Teresita, la gata consentida de mamá Toya, que no pudo sobrevivir al mordisco. Esto hizo rebosar la totuma de su descontento, porque ni los boyacenses ni las boyacenses del campo beben jamás en copa, al sumarse a su inconformidad anterior por el hecho de tener que servirle de cártcher a las asquerosos escupitinas de don Faso. Entonces le presentó a mi abuela Ana Rosa un ultimátum, aunque obviamente ignoraba el significado de esta palabra: "Sumercé, le dijo, escoja entre ese viejo u mí".

Mi abuela, naturalmente, escogió a "u mí".

LOS CAMPESINOS VIEJOS

Los campesinos viejos, con esa sabiduría natural que brota de sus almas como los ojos de agua de las peñas, aprecian la salud más que nada en la vida. Ellos saben que mientras la

tengan pueden ganarse honradamente el pan con el sudor de su frente, sin depender de nadie, y que cuando la pierden y el azadón se les cae definitivamente de las manos, comienzan a morir. La gente, en realidad, los olvida y hasta sus propios hijos se despreocupan de su suerte.

Terminan ellos, por último, deambulando por los mismos sitios que fueron escenario de su acción, tristes y silenciosos, como anticipados espectros de sí mismos. Los sorprende uno mirando con nostalgia la tierra que amaron apasionadamente, como a una amante fiel que periódicamente les entregaba, en las cosechas, el fruto de su afecto. Y por fin un día, como cualquier otro, la muerte definitiva los libera y reviven fugaz y paradójicamente en la conciencia de los suyos que se reúnen en torno a su cadáver para bailar y emborracharse. En un rito final, los llevan al cementerio en una humilde caja pintada de negro, una tosca cruz de madera recuerda su nombre y unos cuantos voladores que queman sus parientes amanecidos escoltan el tránsito de su espíritu hacia el más allá.

“¡Que el señor le conceda su salud por muchos años!", es la frase ritual que los campesinos viejos repiten delante de las gentes que quieren. Yo la oí por primera vez en Tipacoque, de labios de don Bauta López, y como estaba joven y disfrutaba de una salud invulnerable la consideré una tontería.

Pensé para mis adentros que más le hubiera valido a don Bauta traerme un pollo de regalo como a mi padre, el general. Don Bauta era uno de los vecinos más respetados de Tipacoque, no sólo porque era dueño de una de las mayores orillas de tierra en la región, sino porque, como símbolo de su autoridad, usaba en la cabeza un horrible borsalino de fieltro. Lo había adquirido en uno de sus viajes al reino, donde Richard Hermanos, y se lo ponía tal como lo habían sacado del almacén, con las alas rectas y la copa redonda sin depresiones ni huecos, como una totuma. En una tierra donde lo habitual es la corroasca, el borsalino era para don Bauta lo que la corona para el rey de Inglaterra, y todos lo respetaban y se plegaban ante él. Los tipacoques le consultaban sus problemas y si en un caso de linderos, que allá son los más frecuentes, don Bauta, calándose su borsalino, dictaminaba que el lindero debía ir por tal parte, era porque no podía ir por otra, aunque cosa distinta dijeran las escrituras notariales.

Estoy pisándole abusivamente, al hablar de estas cosas, los terrenos a Eduardo, mi hermano, que ama a Tipacoque y a los Tipacoques con una ternura campesina y feudal. Lo único seguro que se produce en Tipacoque son los libros que sobre él escribe Eduardo, que son invulnerables a las alternativas climáticas, quiero decir que no se agostan con los soles abrasadores del verano, como el tabaco, ni se malogran como el tomate con los rigores del invierno. Eduardo escribe sobre Tipacoque con la misma regularidad con que las campesinas de la localidad dan a luz todos los años y los campesinos se emborrachan, como los Mújics en la mejor literatura rusa, todos los sábados. Es un tema que lo apasiona, una honda querencia de su alma, una emoción que le canta en la tradición de la sangre. En esos libros suyos desfilan los Tipacoques con sus virtudes y sus defectos, con sus alegrías y sus penas, humildes y valientes, con las alas de la corroasca arriscadas, los pantalones enrollados a media pierna y el machete azotándoles el flanco de la pierna. Hay auténtica ternura en esos relatos escritos en una prosa limpia y de andadura clásica sobre la cual avanza el interés del lector como sobre los lomos de un caballo fino de paso castellano.

No recuerdo si Eduardo escribió sobre las botas de Don Bauta. Unas recias botas de cuero sin curtir, provistas de carramplones ferrados y que, para acabar de agravar las cosas, se las debieron vender ya con pecueca. Don Bauta se las calzaba para visitarnos, como una deferencia especial, y entraba por el corredor de lajas de la casa resbalándose y sacándoles chispas con los carramplones, como la Mula Herrada, en las Reminiscencias de Cordovez Moure, cuando galopaba en las noches atónitas por las calles empedradas de Santa Fe. Los caballos relinchaban nerviosos en la pesebrera, los perros ladraban

aterrorizados y los niños lloraban con desconsuelo y corrían a refugiarse en el regazo de sus madres. Don Bauta entraba por fin dando bandazos, como un barco a la deriva, montado sobre esas botas horribles que no podía controlar. Y después de saludar, se recostaba contra la pared y se dedicaba a descascarar nerviosamente el calicanto con sus benditos carramplones. Hasta que alguien, divertido, le decía: "Don Bauta, ¿no teme usted que con ese roce constante contra la pared se le puedan echar a perder sus botas?".

Un día Don Bauta nos mandó llamar con un pariente suyo porque quería despedirse de nosotros. Estaba, según nos dijo, a las puertas de la muerte, y ya ni siquiera se preocupaba por engrasar las botas y cepillar el sombrero.

Fuimos, pues, como buenos cristianos, a cumplir con el acto misericordioso de visitar a los enfermos. Don Bauta, tendido en su lecho y cubierto con unas sábanas de un subido color isabelino, presentaba un aspecto horrible. Tenía las facciones afiladas y miraba fijamente un rostro de cordero, recientemente sacrificado y cubierto de moscas, que colgaba, sujeto con el lazo de una jáquima, de una viga del techo. Era la suya una mirada impresionante, con los ojos fijos, inexpresivos y velados, como los del ganado cuando padece aftosa. En las manos, cruzadas a la altura del pecho, aferraba las botas.

Eduardo me explicó que el rostro de cordero era para que el reconocido vigor de ese animal se le transmitiera -el señor sabrá cómo-, a don Bauta y le ayudara a derrotar la enfermedad que lo estaba consumiendo.

-Como usted comprenderá, agregó, ya ni todos los corderos que pradean en la región, desde aquí hasta el Cocuy y desde Capitanejo hasta La Uvita, podrían obrar ese milagro. Don Bauta ya hasta más allá del bien y del mal. La esposa de éste, sería mejor decir su viuda, nos confirmó el diagnóstico. Don Bauta sólo se mantenía, desde tres días atrás, con unos cuantos sorbos de guarapo y no había vuelto a levantarse.

-Eso quiere decir, observé yo, ¿qué está haciendo todas sus diligencias en la cama? ¡Lo sospeche desde un principio!

En el momento en que iba a rubricar mis palabras tapándome las narices, Eduardo me golpeó disimuladamente con su bastón las espinillas.

La viuda de Don Bauta se aproximó entonces al lecho y le dijo:

-Bautista, Bautista, enderézcase que aquí están los patrones. ¡Los dos han venido desde la casa de la hacienda para ayudarlo a bien morir!

Don Bauta, haciendo un esfuerzo sobrehumano, se incorporó en la cama y con un hilo de voz, hablando como Don Rafael del Junco en la telenovela El derecho de nacer, murmuró algo. Ni Eduardo ni yo entendimos sus palabras, pero su viuda nos las tradujo deferentemente:

-Patrones, dijo, perdonen la simpleza, pero es que Bautista dice que quiere dejarles como recuerdo las botas.

Eduardo me miró con una mirada de intensa desesperación que yo me permití interpretar como: "Era lo que nos faltaba. Diga usted algo, por favor". Entonces yo, dirigiéndome a la viuda y al resto de los dolientes que estaban pendientes de la escena, pronuncié unas breves palabras como respuesta al SOS de Eduardo.

-Todos ustedes son testigos, dije, de que don Bauta nos acaba de legar, a Eduardo y a mí en un acto de generosidad infinita, su más preciado tesoro, sus botas. Los dos, sin embargo, no somos dignos de llevarlas, entre otras razones porque las botas son número 48 y nosotros no calzamos tanto. Tenemos la desgracia de ser paticorticos. Lo más natural, me parece a mí, es que don Bauta muera con ellas puestas como los grandes luchadores de la causa liberal a la cual él sirvió siempre con alma, vida y sombrero. Y ya que he nombrado sombrero, yo considero, agregué, que el suyo, que cuelga de un clavo de aquella pared, debe también acompañarlo en su último viaje.

Esto lo dije temeroso de que Don Bauta, que me había estado oyendo, haciendo algunos imperceptibles signos de aprobación con la cabeza, al saber que declinábamos el obsequio de las botas se empeñara en hacer que le aceptáramos el sombrero.

Un murmullo general de aprobación acogió mis palabras y Eduardo me estrechó entre sus brazos. Fue un abrazo apretadísimo para que yo pudiera medir toda la fuerza de su agradecimiento. Dos compadres de don Bauta, obedeciendo mi feliz sugerencia, le colocaron el sombrero a este en la cabeza y le calzaron las botas erizadas de carramplones que sobresalían de la cama, como dos armadillos antediluvianos. Don Bauta, que sólo esperaba ese momento para morir, se escurrió sobre la almohada, produjo un ligero estertor y blanqueó los ojos. Entonces su viuda, destapando una botella de aguardiente para dar comienzo al velorio, se volvió hacia los circunstantes diciendo:

-Bautista, alma bendita ya es dijunto.

-Brille la luz perpetua para él, le respondieron todos como en un responso.

Eduardo y yo nos retiramos furtivamente, sin despedirnos de nadie, cuando se inició el rasgueo de los triples y uno de los circunstantes, con un pañuelo almidonado de mocos en la mano, sacó delicadamente a bailar a la resignada viuda de don Bauta. Una comadre de ésta había traído momentos antes, a falta de cirios, cuatro velas de sebo y las había insertado en la boca de sendas botellas desocupadas, a los lados del muerto. Luego rastrillando un fósforo contra el alpargate, las prendió, y al encenderlas se encendió también la fiesta.

Así murió Don Bauta, el primer hombre que me hizo caer en cuenta de que la salud es lo principal en la vida, y por eso a menudo me viene a la cabeza su recuerdo. En las épocas de borrasca en Tipacoque, cuando los relámpagos iluminan la noche y retumban sordamente los truenos en el cañón del Chicamocha, en que los campesinos aterrorizados se persignan creyendo que el fin del mundo está próximo llegar, yo conservo mi calma. Pienso que es el espíritu de don Bauta que, con su sombrero de copa redonda y sus horribles botas de carramplones ferrados, regresa por los caminos del cielo a visitarnos.

Capítulo IV

LAS VÍAS DIGESTIVAS

Las vías digestivas no tienen preferencia por ninguna edad determinada para molestar, me comentaba, hace pocos días un amigo de colegio limpiándose con el pañuelo el labio superior. Lucía sobre él un pequeño y delgado bigote blanco de Milanta II líquida, cuya etiqueta reza: "poderoso antiácido antiflatulento, que elimina toda clase de malestares estomacales". Todavía empuñaba el frasco en la mano.

Le pregunté si sufría del estómago y si yo podía hacer algo para aliviarlo.

-Tú sabes, le dije, que yo siempre estoy para ayudar a los amigos.

-No, me respondió, gracias a Dios no sufro del estómago pero tomo Milanta II, si eso es lo que quiere saber, como precaución para no sufrir nunca de él. No quiero pasar por las que pasó el pobre de mi tío Abelardo, cuyo caso figura hoy en los textos de medicina del mundo entero como algo excepcional y fuera de serie.

-No deja de ser un honor, le dije, tener un tío así, traducido, como García Márquez, a todos los idiomas.

-Eso es lo que yo pensé cuando me enteré del asunto. Y hasta tuve la ilusión de que por cada ejemplar en el que figurará el tío Abelardo nos iban a pagar a los Rodríguez, sus herederos, una justa bonificación. Como pasa, tú sabes, con los cantantes famosos. Entiendo que a Julio Iglesias le pagan un porcentaje por cada disco que vende y ya no sabe dónde meter la plata...

-¿Y eso no pasa con tu tío Abelardo?

-No. Figúrate tú que, para evitarse la bonificación, al tío Abelardo no lo citan en los textos con su nombre de pila, Abelardo Rodríguez, sino como N.N., oriundo de un país subdesarrollado y salvaje de Suramérica... ¿Te das cuenta de la felonía editorial de esos carajos...?

-Sí, le respondí. Ésa no es forma de tratar ni a los Rodríguez ni a Colombia. Tú en tu propio nombre y en el de tus dos tías solteras, deberías demandar a todas las editoriales que publican libros sobre las vías digestivas...

-Eso es precisamente lo que tengo pensado hacer. Lo que pasa es que, como también se ofende al país calificándolo de pueblo subdesarrollado y salvaje, yo creo que la demanda tendría más fuerza moral, ¿sí me entiendes?, si la presentáramos conjuntamente, a cuatro manos, Julio César, el presidente, y yo.

-¿Tú qué opinas? ¿O crees, quizá, que el caso deberíamos llevarlo de una vez a los tribunales internacionales junto con el de Venezuela?

-Yo más bien soy partidario de la demanda conjunta. Los miembros de la ONU, si has pensado en ella, no son capaces de resolver ni crucigramas. El único pero que le veo, para serte franco, es el de que puedas pillar a Julio César. Julio César, como tú bien sabes, se la pasan viajando para huir de la inflación que él mismo provoca con sus medidas delirantes cuando está entre nosotros... nada pierdes, sin embargo, con insistir.

Hablamos, entonces, de otras cosas, no sin que Rodriguillos me prometiera volver más adelante sobre el insólito caso de su tío Abelardo, "un verdadero desafío de la ciencia", como todavía hoy lo considera la gastroenterología mundial. Las vías digestivas siguieron ocupando, sin embargo, pero desde otros ángulos diferentes nuestra atención, y, antes de entrar en materia, Rodriguillos me brindó un generoso trago de Milanta II. El acuerdo entre los dos fue total y yo creo, sin que sea vanidoso decirlo, que sus conclusiones pueden iluminar con luz perpetua, como lo pide la Santa madre Iglesia, muchos rincones hasta hoy oscuros de la ciencia. Rodriguillos y yo consideramos que lo primero que hay que hacer es derribar algunos equivocados mitos dietéticos, como el de la leche, por ejemplo, que tanto han contribuido a descomponerle el estómago a la humanidad. Sí, la leche, no han leído ustedes mal. Y conste que ni Rodriguillos ni yo tenemos nada personal contra las mujeres ni contra las vacas que son quienes la producen. Todo lo contrario, adoramos con amor indeclinable a las primeras y no nos desagradaría, en manera alguna, tener de las segundas una cantidad suficiente como para fundar un hato. Los senos, además, y esto es

confidencial, son la debilidad de Rodriguillos a quién los reverendos padres jesuitas le cancelaron la matrícula, cuando apenas iba en tercero de bachillerato, al sorprenderlo recitando durante el recreo una de las más briosas poesías de Barba Jacob. Rodriguillos, con la naranja de las medias nuevas en alto, tenía embobados a los otros niños con esta estrofa que es una imperdonable ofensa a la castidad Ignaciana.

"Hay días en que somos tan lúbricos,
tan lúbricos,
que nos depara en vano su carne
la mujer,
tras de ceñir un talle o acariciar un seno
la redondez de un fruto nos vuelve
a estremecer"

Lo que más indignó al padre prefecto fue el apretón lascivo que le dio Rodriguillos a la naranja al decir *acariciar un seno*. Rodriguillos lo niega, pero el padre prefecto sostuvo, y así quedó consignado en los archivos de la comunidad, que le sacó hasta el jugo.

Ha quedado, pues, suficientemente aclarado que los dos no malqueremos a nadie y que en este caso sólo nos mueve un interés científico. Rodriguillos y yo, basados en irrefutables argumentos, sostenemos que la leche, a pesar de su color blanco y su aspecto virginal, es un alimento dañino y pesadísimo. Un activo tóxico vestido hipócritamente de primera comunión. Anoto un detalle significativo: La leche, desde el primer día, es rechazada automáticamente por el delicado organismo del bebé. No pasan cinco minutos, después de ingerirla, sin que el inocente angelito la devuelva por el otro extremo transformada en algo inmenable y maloliente que ni siquiera conserva su noble color original. Ahora es de una tonalidad boyacense, sea dicho con perdón de la representación de ese departamento al Congreso. Y este rechazo no solamente a nivel infantil, sino a todos los niveles, como lo comprueba la reacción unánime que experimentan las personas aseadas y pulcras delante de una apestoso pañal. En un movimiento reflejo, maquinal, que parece previamente ensayado, todos se aprietan con los dedos la nariz, echan la cabeza hacia atrás y dicen: ¡Fote! Como cuando le cuentan a uno los negocios de Willy Carter en los Estados Unidos o los del Mandato Claro entre nosotros. La leche, pues, es la responsable única de que los niños vivan a todas horas con soltura estomacal, disparados, malitos. Los pediatras, sin embargo, que de algo tienen que vivir, han ensayado todo menos prohibírsela. "Es un recurso excusable dentro de la lucha por la supervivencia humana", me comentaba filosóficamente Rodriguillos.

Don Abelardo, el tío de Rodriguillos, empezó con una modestia dispepsia que pasados los años se fue agravando. Llegado ya don Abelardo a la vejez se hizo realmente intolerable. El estómago se le llenaba de gases después de las comidas y don Abelardo decía que experimentaba todas las molestias propias de la maternidad sin la sublime alegría de saber que pronto sería madre. En los primeros años don Abelardo, que había heredado la tradicional pulcritud de los Rodríguez, se refugiaba en el baño, pero después se olvidó de las conveniencias sociales y se disparaba en cualquier parte. Rodriguillos que era su sobrino predilecto, no quiere ni acordarse. Los Rodríguez, relacionados antes con la mejor sociedad, perdieron todas sus amistades y finalmente hasta el servicio doméstico los abandonó: quedaron en poder de una criada sorda.

La medicina se declaró impotente. Don Abelardo fue sometido a numerosas operaciones. Le extirparon todo el intestino grueso, tres metros de intestino delgado y parte del estómago y Don Abelardo, como Belisario Betancur para la presidencia, seguía sonando. Una delegación de médicos de los Estados Unidos, donde su caso despertó notable interés, se trasladó a Bogotá y después de largas deliberaciones, considerando que don Abelardo en

alguna época de su vida se debía haber tragado un Long-play, volvió a operarlo. El resultado fue negativo. La conclusión que el cirujano jefe, reputado como el primer especialista mundial en gastroenterología, le comunicó a Rodriguillos en el aeropuerto, cuando la delegación regresó perpleja y derrotada a los Estados Unidos, no pudo ser más desconsoladora. Rodriguillos la escucho llorando. "El caso de su tío, mister Rodríguez, escapa al control de la medicina. Entró ya en los dominios del sonido. Don Abelardo no es un hombre, agregó, sino un instrumento de viento. Orienten ustedes sus inquietudes por ese lado". Rodriguillos llamó entonces al representante para Colombia de los órganos Thomas y éste, después de oír los ruidos de Abelardo y de mirarlo por todos lados, declaró: "lo único que nuestra compañía puede hacer por él es ponerle pedales".

Don Abelardo tenía la costumbre de pasar todos los años una temporada fuera de Bogotá y su acompañante obligado, huelga decirlo, era Rodriguillos. ("Sobrino, le decía el viejo, vayámonos a respirar mejores aires", como si eso fuera posible con él). Rodriguillos aceptó complacido las primeras veces, sin pensar en las consecuencias, pero luego renunció a hacerlo agobiado por las vergüenzas atroces por las que tenía que pasar.

Don Abelardo se había acostumbrado tanto a su enfermedad que ya la consideraba como algo natural. Ni siquiera se tomaba el trabajo de pensar que las demás personas no eran así. Las piscinas de los hoteles se desocupaban cuando don Abelardo, que no sabía nadar, se metía en ellas hasta que el agua le llegaba al cuello, asido con las dos manos al tubo de seguridad, y entablaba con conversación con las personas que permanecían en la orilla. Las madres hacían salir entonces a sus niños, y al resto de los veraneantes tocaba también la retirada, cuando notaban que un cerco permanente de burbuja se formaba sospechosamente en torno a don Abelardo, como si éste tuviera un hombre rana debajo de los pies. Las tertulias espontáneas que se formaban en los hoteles lo mismo que los improvisados juegos de cartas, en los cuales participaba Don Abelardo, que era muy sociable, sentado siempre al lado de Rodriguillos, se disolvían automáticamente cuando don Abelardo, imperturbable y con una inocente cara de yo no fui, empezaba a carburarse en el asiento. Esto como es obvio hacía enrojecer a Rodriguillos, muy orgulloso hasta entonces, porque cuando los Rodríguez sonaban, sonaban siempre para ministros o para embajadores, no como lo hacía ahora don Abelardo, y entonces los circunstantes, interpretando erróneamente su rubor como una confesión de culpabilidad, abandonaban indignados la reunión, sin despedirse, fulminándolo con la mirada. Rodriguillos, hastiado por fin de tan injustas sospechas y de tanta humillación gratuita, rompió definitivamente una tarde con don Abelardo, cobrándose en paro su posible herencia en el *lobby* del hotel Sochagota de Paipa.

-Lo dejó para siempre, le notificó y que siga usted disfrutando sólo de sus millones y de sus ventosidades, viejo puerco. Conmigo, jamás.

La muerte de don Abelardo, o su explosión final como la calificó gráficamente Rodriguillos, ocurrió años más tarde en casa de sus dos hermanas solteras. Hizo testamento y en él legó su cuerpo para el estudio y beneficio de la humanidad, pero sin especificar a qué entidad en particular, por lo cual hoy se disputan encarnizadamente la posesión de su estómago la Academia Colombiana de Medicina y la Orquesta Filarmónica de Bogotá. Rodriguillos estima de interés general hacer saber que el alimento preferido el Abelardo, su tío, fue la leche.

LA VÍSPERA DEL CHEQUEO GENERAL

La víspera del chequeo general empaqué -en un maletín- una pijama, una muda de ropa interior, máquina y crema de afeitar, un tubo dentífrico y mi cepillo de puentes. Filomena, la muchacha que

me cocina y me arregla el apartamento, salió muy atenta hasta la puerta y me dijo a guisa de despedida:

- ¡Dios permita que regrese con vida, doctor!

Comprendiendo, por la cara que hice, que no había escogido la expresión más adecuada, agregó para levantarme el ánimo señalando el maletín en el cual, sobre un intenso fondo azul oscuro, se leía en grandes letras blancas: Avianca.

- ¡Haga de cuenta que se va de viaje!

Le contesté que no dijera pendejadas y que en mi ausencia esperaba que no recibiera a ningún miembro de las fuerzas de policía en uso de franquicia ni le hiciera copartípe de mi scotch. Esos animales, filomena, aprecian más el varsol.

En la recepción de la clínica Myrla S.A. confirmaron mi reservación y me indicaron que mi cuarto era del 502. Tiene baño y sala de recibo.

- El baño me parece muy bien, pero la sala de recibo, ¿para qué?, pregunté.

La jefa de piso, una mujer entrañada en años y criminalmente familiarizada, como todo el personal de las clínicas, con la muerte de los demás, me respondió sin apartar los ojos del diario de la tarde en donde leía un crimen espeluznante.

-La sala es para los deudos, en caso de que el paciente no tenga remedio, caballero. Con la muerte nunca se sabe.

Enseguida, se volvió hacia la subjefa de piso y le comentó los detalles del abominable crimen que leía.

- Figúrese, señorita subjefa, que el criminal ese tiene nombre de luchador y su alias es El Sádico Putaño. Faltando aún datos de varias comisarias, se sabe que asesinó a treinta y siete mujeres y las violó después. Ha debido, digo yo, proceder al revés porque las pobres mujeres, después de todo, también tenemos derecho a divertirnos. ¡Huy, no, que hombres!

No tuve oportunidad de escuchar el comentario de la señorita subjefa, porque la enfermera me invitó a acompañarla y me llevó al 502. En el ropero de la sala de deudos dejé la gabardina. La enfermera llevaba escrita en un rollo de papel la lista interminable de todo lo que la ciencia había dispuesto hacerme. Era de tal magnitud que, a medida que en la enfermera lo desenvolvía, yo comencé a sentirme de muerte. La habitación 502 estaba llena de papel cuando ella terminó la lectura, y yo temblaba.

-¿Tiene miedo?-Me dijo la enfermera.

-No, señorita, le respondí con un sospechoso castaño de puentes, es que siempre que me repiten los ataques de paludismo me pongo así.

La enfermera enrolló enseguida el papel, abrió la cama y me dio las buenas noches. Desde la puerta se volvió para recordarme que a las 7 a.m. pasaría la camilla rodante del piso para llevarme a rayos X y desapareció. Yo confieso que la lectura de la pávida lista de los exámenes me hizo más daño que la lectura, cuando sólo tenía nueve años, del libro *Lo que deben saber los recién casados*. Encendí un cigarrillo y me metí entre la cama, pero ya sabía de antemano que esa noche ni contando ovejas ni leyéndome un capítulo entero de *El doctor Jivago*, podría dormir. Y así fue. Tres horas después, yendo ya por el quinto cigarrillo, entró una enfermera notablemente más agraciada que la anterior y me preguntó lo que siempre preguntan las enfermeras cuando ya han podido:

-¿se puede? Tenía una voz dulcísima.

-¿Usted es el paciente de la apendicitis?, agregó poniendo un maletín sobre la cama y abriéndolo. En su interior, pude distinguir una navaja de peluquería y un tarro de espuma para la barba.

-¡Creo que sí!, le respondí, porque como yo había ido allá en plan de saber que tenía, no podía descartar que tuviera una apendicitis larvada.

La muchacha, al oírme, dijo:

-¡Procedamos! Y procedió. Me bajo entonces las mantas de la cama hasta los pies; y yo estaba confundido. Enseguida, los pantalones de la pijama; yo estaba pasmado. Y por último, me puso la manita en un sitio donde yo no permito que lo hagan sino mujeres de toda mi confianza; y estaba estupefacto. Ustedes habrán adivinado que hablo de la zona que los futbolistas llaman de candela. La intención mía fue protestar, pero el espíritu conquistador de mis antepasados, que llegaban siempre hasta el final, me contuvo. La niña, interpretándolo como una autorización tácita, me tomó con una de sus manitas de ahí y con la otra comenzó a rociarme espuma por los alrededores.

Yo mudo. Hasta que la vi que cambiaba el tarro de espuma para la barba por la navaja de peluquería y me aterró. Pensé por primera vez que podía estar a punto de cometerse un crimen atroz, peor para mí que los de Gaitán y Uribe Rafael, y le grité:

- ¿Qué hace usted, magnicida?

La niña, en tono reposado y profesional, me contestó:

-Usted lo está viendo, señor. Lo estoy preparando para su apendicitis de mañana. Hay que despejar completamente el campo quirúrgico y después desinfectarlo. Es de rutina.

-No se lo discuto, respondí. Pero le comunico, señorita, que yo estoy aquí para un chequeo general. Nadie podrá saber, antes de conocerse los resultados, si tengo apendicitis o no. Usted perdone.

¿Y por qué no me lo dijo?

-Bueno, porque creí que usted me estaba preparando para otra cosa...

La niña comprendió, por último, que se había equivocado de cuarto. Y su forma de reaccionar me dejó lelo. Nunca imaginé que el mismo firulete anatómico suscitará tan diferentes sentimientos: visto con ojos de profesional, de total indiferencia, como si se tratara de una salchicha de Francfort sin hervir. Y visto con ojos de mujer, de ingenuo e inefable pudor. Jesús credo. La niña soltó lo que tenía entre las manos, como si estuviera cogiendo al diablo, y se ruborizó hasta las orejas. La carita roja contrastaba primorosamente con el uniforme blanco.

-¡Huy, no, señor... perdón, ¿cuál es su nombre?

Caballero, sumercé...

-¡Huy, no, señor Caballero, me muero de la pena! ¿Qué puedo hacer para que me perdone?

-Bueno, niña, le contesté: por el momento quitarme de encima la espuma de afeitar. Es mentolada y el frío no me ha permitido demostrarle hasta qué grado puede crecer mi admiración por usted.

Después, ya iremos pensando en alguna otra cosa...

Esa noche, como yo había sentido, el señor Caballero no pudo dormir. No obstante, él dice que entre todas las noches de capilla y espanto que ha pasado en la clínica Myrla S.A. es la única digna de recordación.

Los exámenes que tenían que hacerme eran tan prójimos que en Myrla S.A. debí permanecer, no un día, como estaba previsto, sino tres. Eché entonces muy de menos a mi tía Magolita; alma bendita, que me había servido de diario consuelo y compañía unos años antes cuando, a causa de una fractura conminuta en el brazo, que estuvo a punto de dejarme manco como el gran don Miguel, duré hospitalizado treinta días.

Hablaré más a espacio de ella, porque mi tía Magolita, con todos sus devocionarios y misales y sus supersticiones religiosas, ocupa puesto muy especial en estas memorias y en mi corazón.

La camilla, con ruido estridente de hierros oxidados, pasó a recogerme a la hora prefijada.

Dos fornidos enfermeros de Myrla S.A. me tendieron sobre ella, la carreteraron hasta el ascensor, la introdujeron en él y cuando éste llegó al primer piso, donde queda el departamento de rayos X, me depositaron en manos de una enfermera. Yo veía todo esto atisbando por debajo de la sábana con que me habían cubierto y debía presentar un aspecto decididamente mortal. Era como si estuviera en lo que se denomina, en el lenguaje judicial, la diligencia de levantamiento del cadáver, el cadáver fuera el mío.

La enfermera carreteó durante un trecho más la camilla y levantó la sábana para decirme que podía apearne. Luego abrió la puerta de un cuarto reducido y dándome un camisón doblado me dijo que me quitara todo lo que llevaba encima, que eran la pijama y una bata escocesa, y que me lo pusiera, que en diez minutos regresaba por mí. Hice tal como me había dicho y nunca me he sentido peor en mi vida. El camisón era más ancho que largo y escasamente me alcanzaba a cubrir las fuentes de la demografía, y así, con la barba entrecana y caminando sobre mis dos piernas largas y delgadas, como don Quijote de la Mancha en la aventura de la venta, recorrí de la mano de la enfermera un pasillo pequeño atestado de gente hasta el departamento de rayos X. Una señora me gritó: ¡viejo impúdico!, y dos niños pequeños se echaron a llorar.

La primera radiografía era de las vías digestivas, parte alta, y me la practicó un ayudante que se puso, en mi presencia, un delantal relleno de plomo. En forma espontánea me explicó que era para evitar los efectos de las radiaciones que, a menudo, producen cáncer. Le pregunté si no me podía poner algo parecido poco arriba de donde terminaba el camisón, pues algún día pensaba casarme, pero me tranquilizó diciéndome que las radiaciones no producen cáncer sino cuando son prolongadas. Entonces, me dio a beber un vaso de agua en el que había disuelto previamente un talego de yeso y me colocó de espaldas contra una tabla especial. Enseguida movió un botón y

empezó a decirme: "respire... no respire... respire... no respire... respire...". Me dio otro vaso de la misma porquería, que no sabía nada bien, y volvió a la carga: "no respire... respire... no respire... respire". Le iba a preguntar si no sabía decir otra cosa cuando el ayudante dio por terminada la sesión y me dijo que regresara a mi habitación y allí esperara a que me funcionara el yeso. Y agregó: "y luego, si se siente bien, baje otra vez para las radiografías de colon por enema. Lo de enema no me sonó muy bien. Enema, en los crucigramas, es el equivalente de lavativa.

Tuve que atravesar el pasillo, ahora en sentido contrario, pero afortunadamente esta vez estaba vacío. En él me crucé con una señora pequeña y talludita, a la cual el camisón le tapaba los pies y se le salían las puntas del corazón por entre las mangas, lo que me hizo sospechar que los camisones para los pacientes son todos de la misma talla. Yo tenía la sospecha de que el mío se me estaba levantando frontalmente a medida que se fraguaba el yeso, y sentía, como las mujeres que esperan niño, que un nuevo ser se agitaban mis entrañas. ¿Qué iría a pensar mi familia?

Llegué a mi habitación sintiéndome muy mal. Tenía náuseas y además un peso enorme en el estómago que me obligaba a caminar inclinado hacia atrás para no irme de cabeza. Esto iba acompañado de fuertes retorcijones y una gran turbulencia abdominal. Era indudable que al ayudante de rayos X se le había ido la mano en el yeso y que yo, en el mejor de los casos, iba a tener una cornisa. Estuve vacilando entre tenerla normalmente o ir al departamento de maternidad a que me practicaran una cesárea, pero el recuerdo de la señora Dionne, que había traído al mundo cinco muchachitas en un solo viaje, fue un estímulo para mi valor y me resolví por lo primero. La técnica secular es tener algo fuertemente apretado entre los dientes, yo me metí entre la boca del libro de oraciones, y puchar desesperadamente como cuando uno le ha apostado todo lo que tiene un solo ejemplar en el hipódromo. Un sudor mortal me empapaba la frente y experimentaba un dolor tremendo, hasta que, incapaz de soportarlo, me desmayé. Es posible que gritara, aunque no lo recuerdo, y que mis gritos convocarán a todo el personal de planta del Myrla S. A. Lo cierto es que cuando me desperté estaba rodeado de médicos y enfermeras y en mi cuarto no cabía una sola persona más. Había hasta reporteros y camarógrafos de la televisión. El que parecía dirigir a los demás, luego supe que era el jefe de obstetras, todavía con un fórceps en la mano, me comunicó el parte de victoria.

-Le informo, don Lucas -me dijo todavía emocionado- que después de un alumbramiento extremadamente laborioso, usted ha sido madre de la primera cornisa de yeso que ha nacido en Myrla S.A. desde su fundación.

-No me diga, doctor, le respondí. ¿Y puedo verla?

El médico, abochornado, me dijo entre balbuceos:

-La cornisa nació muerta y se la llevó el camión de la basura. En todo caso, en nombre de la junta directiva del establecimiento, le ruego aceptar nuestras más sentidas condolencias. Myrla S.A., para asociarse a su dolor, ha resuelto no cobrarle el semen, digo, el yeso.

Ese día comprendí que cuando en la radionovela El derecho de nacer se decía que la protagonista, María Elena del Junco, "se retorcía en su cándido lecho, como un descorchador de nácar, presa de los inefables dolores de la maternidad, don Félix B. Caignet, autor de la execrable obra, se había quedado corto. Inefables dolores: ¡inefables dolores sería su abuela!

Ese día ni pensar en regresar a los rayos X al examen de colon por enema. La situación exigía más bien unos baños de asiento, que seguramente habían sido la terapia que había seguido María Elena del Junco, a raíz de su alumbramiento, en El derecho de nacer.

En las clínicas el tiempo transcurre más lentamente que en ninguna otra parte. Las horas se alargan interminablemente, como en una sesión de la Academia de la Lengua, pero sin necesidad de pronunciar discursos. Yo estaba próximo a enloquecer y no sabía si para salir de tan horrible tedio, debía morirme o gritar. Hacía memoria de mi anterior temporada en Myrla S.A., cuando la tía Magolita, mientras me encontraba una madeja de lana de los brazos enyesados y se ponía a devanarla, me hablaba de la mano de Dios.

-La mano de Dios fue la que permitió que el edificio del que te rodaste sólo tuviera cuatro pisos: si hubiera tenido seis, según me dijo el médico te habrías destutanado. Dale gracias...

-está bien, Le doy gracias, le respondía yo exasperado, pero hazme el favor de decirme a la mano de quien debo agradecerle el haber puesto en la escalera el pegote de cera en el que me resbalé...

¿También a la de Dios?

-Yo sólo sé, decía ella temiendo meterse en honduras teológicas, que Él sabe cómo hace sus cosas.

¿Tú crees, además, que un ser tan supremamente bondadoso como el señor se rebaje a poner cera

en las escaleras para que tú te resbales? Cómo se te ocurre... eso se queda para las muchachas del servicio doméstico.

Y la tía Magolita, para dar por terminada definitivamente la discusión, guardaba el ovillo de lana ya devanado y me colocaba otra madeja de color amarillo pollito entre mis brazos rígidos de santo.

La tía Magolita disponía de incontables ejemplos para ilustrar la presencia de la mano bienhechora de Dios en todas las circunstancias de la vida. La Torre de Pisa, me decía, ésa que sale en las fotografías como Olaya Herrera que siempre se ladeaba para retratarse, ¿sabes por qué no se ha caído?

-¿Algún contrapeso que le pusieron los arquitectos italianos?

-Eso dirán ellos, me replicaba. La torre no se cae porque la mano todopoderosa e invisible de Dios la tiene sujeta por el otro lado. ¡Bendito sea su santo nombre!

La tía Magolita pasaba de la Torre de Pisa a la gravitación universal sin que se le torcieran los tacones. Los astros y todos los cuerpos celestes que vemos en el cielo en las noches estrelladas, me decía, no se nos caen encima y nos aplastan, gracias a que el Señor vela desde allá arriba por nosotros. Repite conmigo: bendito sea su santo nombre. Yo repetía y entonces ella continuaba. Él, desde que creó al mundo, los tomó entre sus divinas manos, los lanzó al espacio infinito, los volvió a recibir en ellas y los ha seguido lanzando y recibiendo desde entonces sin una sola falla. Ésa, para que sepas, es la razón por la cual todos nos podemos acostar tranquilos sin el temor de ir a amanecer con un planeta encima de la cama. Dios puede hacer eso porque es un ser infinitamente bueno, infinitamente santo, infinitamente todopoderoso e infinitamente hábil con las manos.

Yo fingía estar asombrado, pero lo preguntaba si no le haría falta para ejecutar tales malabares cósmicos la mano con que Él estaba sujetando, para que no se derrumbara, la Torre inclinada de Pisa.

Capítulo VI

LOS CABALLERO BARRERA

Los Caballero Barrera, de de provengo, creo que eran más, pero yo sólo conocí a cuatro de trato y comunicación, como se dice en las escrituras notariales. Los demás, como fue el caso de doña Paulina, madre de los Nieto Caballero, y de don Carlos, padre de los Caballero Mariño, murieron antes de venir yo al mundo o siendo muy pequeño, por lo cual ni los conocí ni me conocieron. Harto les habrá pesado.

Un poco más atrás en el árbol de mi sangre, cuyas raíces están en Priego de Córdoba, figuran los Caballero Echavarría, no sé cuántos eran, pues sólo he oído hablar de dos, mi abuelo, don César, y mi tío abuelo don Lucas Caballero, que fue el primero en llevar mi nombre y ya con él somos cuatro. Y si hubo más Caballero Echavarría, ellos me perdonarán pero para mí es como si no hubiera nacido. En cambio, mujeres fueron cuatro.

Mi abuelo, don César, era un gran señor rural, muy desahogado de fortuna, fundador, con su hermano Lucas, de la villa del Rosario de Suáita, y, por lo que con hijo, el personaje más notable y acatado del lugar. Además un alma llana y sin complicaciones. Don Lucas, en cambio, era un político fogoso y brillante, doctorado en leyes y humanidades, dueño de la biblioteca más nutrida del Socorro de donde era oriundo, con la cabeza inflamada por el fuego de los enciclopedistas y un corazón ardiente, liberal, mujeriego y romántico. La muerte lo sorprendió siendo joven y soltero, a los treinta y tres años de su edad, cuando era presidente del estado soberano de Santander. Las versiones oficiales dicen que lo mataron unas fiebres palúdicas y las consejas que circularon por mucho tiempo en las tertulias de coñac y tresillo que todavía se celebran en los pueblos de provincia, aseguran que lo mató un marido burlado. Esta versión es más apasionante para mi gusto: ¡De fiebres en Santander se muere cualquier carajo!

Las hermanas Caballero Echavarría, solteras todas de necesidad, como dicen los penalistas, fueron tan feas como sus nombres. Se llamaban Saturnina, Presentación, Carlota y Domitila.

Tenían, a juzgar por los retratos de la familia que de ellas se conocen, aspecto de aspirantes a la corona holandesa. No consiguieron marido, a pesar de sus numerosas haciendas, lo cual habla muy bien del desinterés de los santandereanos, pero a lo largo de su vida edificaron por su piedad, presidieron honorablemente todas las procesiones locales y fueron el alma de los bazares piadosos. Unidas en la vida lo estuvieron también en la muerte, y creo que dejaron este mundo con pocos días de diferencia durante una epidemia de peste que diezmó hasta al ganado vacuno. El cura de la localidad, don Ciro Plata, de los Platas del Socorro, desde el púlpito de la Iglesia inconclusa les hizo él panegírico final, a causa del cual mi abuelo, don César, exigió que lo cambiaran de curato y le quitó el saludo. Don Ciro elogió sus nobles vidas y su participación ejemplar en todas las obras de aliento de la parroquia, verbigracia, la donación del enlajado del atrio y del baptisterio de la Iglesia. Eso, sin embargo, no fue lo que dijo disgustó a don César, mi abuelo, sino que don Ciro termina diciendo, en su folclórico y vigoroso idioma santandereano, esta frase impropia de la oportunidad: "suban Presentación, Carlota, Saturnina y Domitila al cielo de sus mayores. Lo supieron ganar con su esfuerzo, porque las cuatro eran virtuosas, pero ¡ah, hijuepuercas feas!".

He hecho una presentación imparcial de mis antepasados, sin disimular sus defectos ni añadirles virtudes inexistentes, como se acostumbra en estos casos, aprovechando que a nadie le interesa rectificar. Habría podido, y lo pensé, ser generoso e inventar que fue la belleza deslumbrante de las cuatro hermanas la que volvió cotudos de la admiración a no pocos prohombre suaitanos, y no la falta dramática de sal yodada. No lo hice, porque tengo una pluma honrada, y digo siempre la verdad aunque me perjudique. No puedo negar por ello que soy hijo legítimo, siguiendo una tradición burguesa de familia, y que en esta época en que esa costumbre se perdió por completo eso me hace sentirme diferente y relegado, sin oportunidades ningunas ni en la política ni en las finanzas. La culpa, sin embargo, no es mía. La sociedad emergente me perdone.

Los cuatro Caballero Barrera que yo conocí fueron, de mayor a menor, Lucas, padre de los caballero Calderón. Julio, padre de las Caballero Blanco. Alfredo, padre de los caballero Escobar. Y Magdalena, la inefable tía Magolita. Ella murió soltera, pero a partir de la muerte de mi madre vivió con nosotros, los Caballero Calderón, que la quisimos entrañablemente casi como si nos hubiera tenido. En su caso, pues, sería injusto decir que a quien Dios no le da hijos el diablo le da sobrinos. Mi madre fue María del Carmen Calderón de Caballero, y si algo no le perdonó al señor es habérsela llevado siendo yo muy niño.

La recuerdo como una mujer excepcional que parecía amasada con un material más noble que el barro humilde del cual, según la tradición, todos estamos hechos. Era alta y esbelta y en su porte se repetía la elegancia de las palmeras que hace veinte siglos ondeaban los caminos de la Escritura por donde discurrió Cristo predicando su fé. Tenía las facciones puras, de hermoso diseño y de toda ella se exhalaba ese aire de paz y de igualdad interior que es el privilegio de las almas nobles. Lo más bello, sin embargo, eran sus ojos, unos ojos claros, dulces, melancólicos, que sabían descubrir el lado bueno que duerme en el fondo de todos los seres y de todas las cosas y en los cuales yo aprendí a leer, antes que en las páginas ingenuas del Catecismo, todo lo que hay de emoción y de grandeza en la doctrina cristiana. Yo he llevado a ratos una existencia bohemia y no he sido ajeno ni a la atracción de las mujeres ni a la alegría del vino, pero en lo fundamental me he mantenido recto. No he faltado a la verdad, he practicado la honradez y he sido fiel a mis ideas, a la tierra que me vio nacer y a los míos. Esa ha sido mi carta de vida hasta hoy, y si algo bueno hay en ella yo creo que es apenas un pálido destello de la claridad espiritual que derramaron en mi corazón María del Carmen y el general, mi padre, a su paso por la tierra.

En el escritorio de San José de Suáita, hasta cuando yo dejé de ir, colgaban de las paredes los retratos de los Caballero. El de mi tío Alfredo muestra a un hombre de facciones aguileñas, vestido a la usanza de la época, de bizarra apostura y de bigotes arriscados en las puntas como los de los mosqueteros de Dumas. Yo creo que él fue el más santandereano de todos ellos. Me lo imagino amigo del triple y del buen brandy, bailarín consumado y muy dado, durante esos pintorescos paseos que se realizan en San José a la orilla del río, a sacar pareja entre las preciosas campesinas de la tierra con la piel dorada como los alfandoques y el talle de cañabrava. Esas mismas campesinas que "cuando bailan la guabina, con su camión de olán, hay algo entre su corpiño que tiembla como un volcán". En caso de que así fuera le alabo a mi tío Alfredo su buen gusto. Yo también estuve en San José; pero con un centinela de vista, es decir, casado, y disfrute de la gloria de los piquetes a la orilla del Suárez y el Lenguaruco, de la lenta euforia del brandy y de la música de los tiples y de las bandolas que calientan la sangre y aligeran los pies. No pude, sin embargo, tener una aventura con una de esas hermosas niñas, nietas de las que alentaron con su entusiasmo a la tropa comunera, y por esa circunstancia no puedo contar ahora "que no quise enamorarme, porque teniendo marido, me dijo que era mozuela cuando la llevaba al río". Mi tío Alfredo fue un trabajador insigne, que dirigió el montaje de las fábricas de San José y la traída a lomo de mula de sus maquinarias por los peores caminos del país, en una empresa digna de soñadores o romanos. Nunca, sin embargo, la fortuna correspondió a sus esfuerzos y puede decirse, o por lo menos yo así lo creo, que siempre tuvo más suerte con las mujeres que con los negocios.

Mi tío Julio, padre de las Caballero Blanco, es el menos apuesto de los hermanos que figuran en las fotografías del escritorio de San José de Suáita, si es que todavía no han sido reemplazadas por las de don Ambrosio López y la familia Michelsen.

Era un hombre tan bueno como alto. Siempre le costó trabajo conseguir ropa de su talla. Yo lo recuerdo con uno de esos abrigos ingleses, con vueltas de terciopelo, que traía entonces al país el almacén Vargas Hermanos, "La casa que viste a los elegantes" y que, a pesar de ser de talla ultralarga, no le llegaba a mi tío Julio sino hasta el sitio donde más duelen las patadas. Yo fui ahijado suyo, de bautismo, y mi tío Julio me tenía mucho cariño, en lo cual siempre estuvo muy bien correspondido. El tenía la costumbre, cuando se sentaba a conversar, de cruzar los dedos de las manos mientras hacía girar aceleradamente los dos pulgares que le quedaban sueltos. Unas veces hacia adelante y otras hacia atrás. Yo me dediqué a hacer así hasta que mi papá lo notó y me preguntó qué me proponía con eso. Le expliqué que imitar a mi tío Julio y entonces el general, como yo le decía. Me reconvino severamente:

-¡Lucas, mijo, imítele su bondad, su buena memoria, su entereza para sobrellevar el reumatismo, pero, por lo que más quiera, no le imite sus pendejadas a Julio!

La memoria de mi tío Julio -que he citado- era un orgullo para la familia. El recordaba cosas que nadie recordaba, aunque yo tengo para mí que las inventaba, y dejaba siempre estupefacto a su auditorio.

-Lucas, le decía a mi papá en una reunión en mi casa, ¿recuerda usted la tarde en El Socorro en que, estando los dos comiendo melcochas con el cotudo Pedro María Gómez, éste no pudo seguir participando de la conversación porque se le soldaron herméticamente las dos cajas? Fue el 15 de enero de 1888 las tres y veintidós en en punto de la tarde.

Mi papá, que no recordaba ese episodio ni le importaba, se volvía hacia el resto de los contertulios y comentaba, haciendo silbar las eses, como siempre que algo le impresionaba:

-¡Qué memoria la de Julio, Dioss Sssanto!

Entonces la tía Magolita, que celebraba cualquier triunfo de la familia como si fuera propio, para resaltara aún más la buena memoria de su hermano, agregaba:

-¡Y eso que yo no les he dicho que Julio no aprecia el tesoro que tiene y se la pasa fumando!

Los contertulios miraban asombrados a mi tío Julio, que aceptaba sonriendo plácidamente esta ovación silenciosa, y que, como de costumbre, cruzaba las manos y hacía girar furiosamente los pulgares.

Los años no pasan en balde, y el reumatismo se le fue metiendo en las articulaciones a mi tío Julio, dificultándole los movimientos. Los dolores eran cada día más agudos y en esa época no había nada contra el reumatismo, excepto la aspirina y los baños termales en Tocaima. No dieron resultado ninguno. Latía Magolita inició en esos días el rezo de su novena estrella, a la milagrosa y siempre bienaventurada Santa Rita de Casia, abogada de imposibles, y menos. Mi tío Julio no mejoraba. Entonces ella subió en heroica promesa al santuario del señor caído de Monserrate, caminando de espaldas, y tampoco. Esa vez la tía Magolita estuvo a punto de caer por un profundo precipicio y esta tragedia horrible se evitó gracias a que una amiga suya de piedad, que había accedido a acompañarla pero caminando de frente, la sujetó de las solapas del abrigo cuando ya una de sus virginales piernas flotaba sobre el abismo.

La resistencia de mi tío Julio al dolor y a la enfermedad tuvo por fin su límite. Como tendrán que tenerlo algún día Colombia y Venezuela. Yo estaba fuera del país cuando esto ocurrió y tuve la fatal noticia por mi tía Magolita: "tu padrino Julio murió. Era un gran santo". Unos meses después, cuando regrese a Bogotá, ella me amplió los detalles de la muerte de mi tío Julio.

-Murió en un buen momento, fueron sus palabras. Dios le evitó dolores aún peores que los del reumatismo.

Mi tía Magolita era muy discreta y no dijo más. Unos días más tarde me enteré, sin embargo, de que una de las Caballero Blanco, Cecilia, se iba a casar con Alfonso López Michelsen.

Capítulo VII

EL GENERAL, MI PADRE.

El general, mi padre, era un hombre de gallarda presencia y hermosas facciones. Yo le decía así, general, por antítesis, porque siempre fue un ardiente civilista y consideró su destacada participación en la guerra de los Mil Días como una simple obligación del patriotismo.

Tenía una nariz aguileña, que infortunadamente ni Eduardo ni yo heredamos, y unos ojos oscuros, de mirada profunda, que llameaban como carbones encendidos cuando los arrebatava la cólera.

Pero eso no era frecuente. Una vez, en Costa Rica, lo sorprendí cuando el peluquero le tenía enrollada una toalla en la cabeza. Fue curioso. El general tenía así la figura de uno de esos gallardos jeques árabes que cruzan el desierto al galope tendido de sus caballos, con el alfange en alto, en las páginas de don Emilio Salgari, cuyas novelas deslumbraron mi niñez. Hoy, sus descendientes poseen, por voluntad de Alá, todo el petróleo del oriente. Yo pienso con nostalgia en cual sería hoy mi suerte si el general hubiera nacido en la Arabia Saudita en vez de nacer en San José de Suáita. El fue muchas cosas en la vida y ellas me permiten decir, sin que me ciegue el cariño, que el general era un hombre notable. Fue abogado. Político. Economista. Profesor universitario. Senador y representante al Congreso. Ministro del despacho en la administración del general Rafael Reyes. Diplomático. Hombre de empresa y revolucionario. Estas dos últimas actividades, creo yo, fueron las que marcaron más hondamente su espíritu. ¡La guerra! En tres años de hacerla, como jefe del estado mayor generalísimo de Benjamín Herrera, el mejor y más bravo soldado que haya tenido la República desde la independencia, hizo honor a su fe de liberal y a su conciencia de patriota. El general, siendo un hombre de paz, se jugó entero por sus ideales, en juego trágico y romántico en el cual la única apuesta posible era la vida. Entonces aprendió a querer y a mirar con ternura entrañable a los liberales sin nombre, del montón. Los hombres humildes que luchaban por una causa que muchas veces no entendían pero que les hacía arder la sangre con la esperanza de una vida mejor, y que un día caían sobre la tierra de todos con las carnes destrozadas por la metralla y el nombre del liberalismo en los labios. Hoy, los políticos consideran a los herederos de esos héroes anónimos, no como hombres sino como cédulas electorales, que se llevan a las urnas tras el engaño de las falsas promesas y luego se abandonan a su suerte, a su frustración y a su miseria.

El general, como hombre de empresa, fue un soñador que se anticipó en muchas décadas a su tiempo. En las varias fincas de la familia, que cubrían buena parte del departamento, él se empeñó en levantar un gran complejo industrial, no sé si el primero del continente, pero sí en todo caso del país. En esas tierras, tierras buenas como las que cantaba Juan de Castellanos, se cultivaban con provecho los más variados productos. El algodón, el cacao y la caña de azúcar y, de las vecinas regiones frías de Boyacá, era posible traer trigo. El general, sobre esa base, tuvo la quimera de fundar las fábricas de San José de Suáita. Fábrica de hilados y tejidos. Fábrica de licores. Chocolatería. Y molino de harinas. No lo movía a ello sólo el bienestar económico de la familia, sino el impulso generoso de beneficiar a Santander, la tierra en donde dormían el último sueño sus mayores, la tierra de su infancia y de su juventud, la tierra que él amaba visceralmente y que se hundía, como la raíz más honda de la patria, en la entraña de su corazón.

El general, en persecución de su utopía, viajó a Europa y logró interesar en ella a un grupo de banqueros franco-belgas. Estos señores le prestaron un millón de pesos de esa época, suma equivalente al presupuesto nacional, hazaña increíble si se considera que los europeos nos ignoraban entonces mucho más olímpicamente que hoy, cuando la inseguridad y la marihuana están sacando valientemente la cara por nosotros.

En un breve lapso, el general, asesorado por técnicos en cada especialidad, compró las maquinarias necesarias y se embarcó de regreso a Colombia cargado de ilusiones. En su traída, sin embargo, no pocas de esas ilusiones se fueron deshaciendo al estrellarse contra los hilos de la realidad, representada en la lentitud de nuestras comunicaciones y la pobreza de nuestros caminos. Oí decir que en las playas ardientes del río Magdalena quedaron tiradas muchas de esas maquinarias, oxidándose al sol como caimanes muertos, y que otras reposan hoy, cubiertas de limo, en el fondo de la laguna de Fúquene. El general, sin embargo, no era fácil de doblegar. Tenía el corazón bien templado y regresó a Europa a contratar un empréstito adicional para reponer las maquinarias perdidas. Los banqueros se lo concedieron, pero imponiéndole sus condiciones, la principal de las cuales era la de manejar ellos mismos las fábricas de San José, sin intervención suya ni de sus hermanos, durante el tiempo requerido para amortizar el capital y los intereses devengados por éste. Esto fue lo que se hizo, y bien pronto los representantes de los banqueros, comprendiendo la situación de privilegio con que los había colocado un destino gentil, terminaron robándolos a ellos y, desde luego, robando también a los hermanos Caballeros. Las fábricas de San José, decían, no

producían sino lo estrictamente necesario para cubrir sus gastos, sin que sobrara nada para enviarles a ellos a Europa, fuera de los sentimientos de su más distinguida consideración personal, y mucho menos para abonar al préstamo de los señores Caballeros. Tanto que ellos, los representantes, para evitar posibles pérdidas, habían resuelto cancelar de *motu proprio* la fábrica de licores, la chocolatería y el molino de harinas, sin esperar por esta muestra de celo y devoción sino un deferente *merci*. Esta aberrante situación se prolongó por muchos años, hasta que la fundación de la Superintendencia de Sociedades Anónimas le permitió a mi padre, el general, solicitar una severa investigación en los libros de la empresa, que esa noche, por orden del Barón du Riveau, un desenfadado Play-boy que la manejaba su acomodo, fueron arrojados a las silenciosas aguas del río Mamaruca, incapaces de la menor indiscreción. Ese tal Barón du Riveau era un hombre cínico, encantador y mujeriego, que derrochaba el dinero de San José a manos llenas y que había convertido la vieja casa de los Caballeros, remodelada por él, en un elegante refugio para sus bacanales. Los fines de semana, en su avioneta particular, que había salido obviamente del renglón de gastos de las fábricas, llegaba allí rodeado de una ruidosa corte de amigos tarambanas y de galantes amigas. Hasta que, pienso yo, el cuadro de nuestro virtuoso padre San José, que preside piadosamente la entrada principal, tenía que taparse, escandalizados, sus purísimos ojos con las barbas.

Cristian, como le decían todos a poco de conocerlo, obtuvo así valiosas e influyentes amistades. Consiguió, gracias a éstas, cosas tan sorprendentes como que el Tribunal de San Gil, sin más trabajo que el de organizar una tenida alcohólica en su honor, declarara que la justicia colombiana carecía de jurisdicción sobre San José de Suáita, el cual pasaba a ser, de esta manera, un amable rincón de Francia perdido en el arisco corazón de las breñas santandereanas. Yo no creo que en esta decisión nada patriótica hubiera influido el hecho de que el entonces socio de oficina del Barón du Riveau, Cristian para sus amigos, fuera el entonces estudioso y soterrado joven Alfonso López Michelsen. Ni pensarlo. Lo que nunca he podido preguntarle a éste, que entre la política y los negocios vive muy repartido, es porque su socio, el barón, en una carta confidencial a los banqueros europeos, les decía que había que reconocerle a él una considerable cantidad de acciones por sus *invaluables servicios*. Eso suena a colusión, la carta que cito, que fue publicada entonces, la halló la Superintendencia de Sociedades Anónimas en el archivo secreto del barón, el cual, por un inexcusable olvido suyo, no fue a parar junto con los libros de la empresa, en la noche de marras, a las aguas purificadoras del Mamaruca. ¡Y pensar que hay todavía hoy gentes que sostienen que el alcohol no produce amnesia!

El general, como se ve, en su lucha empecinada y romántica por recuperar para Los Caballeros el patrimonio familiar, no sólo tuvo que enfrentarse con los banqueros belgas: también con gentes llegadas después, por los caprichos de un azar ingrato, a su propia familia. Nunca dejo, sin embargo, traslucir la menor amargura, si la tuvo, pero en todas partes a donde lo llevó el destino fue siempre fiel al recuerdo de San José. Lo llevaba en la memoria con la misma naturalidad con que se lleva la sangre en las arterias. Lo repito. San José y la guerra de los Mil Días marcaron para siempre su vida. Y no es que al general le faltara el humor. Lo tenía a veces muy sutil, pero no era frecuente. Yo recuerdo, estando en San José de Costa Rica, una recepción de gala a la que fuimos los dos sin la tía Magolita. Ella estaba de luto ese día, que era 28 de diciembre, conmemorando muy compungida la degollina de los Santos Inocentes. La fiesta era de frac y el general, que tenía una figura noble, se veía muy gallardo con su corbata blanca y sus relucientes condecoraciones. (Hoy día, en las recepciones de frac que da la clase emergente, llenas de funcionarios públicos, uno fluctúa entre la preocupación y el desconcierto, y, al ver tanta gente vestida de etiqueta, se hace esta obligada reflexión: "bueno, ya como que llegaron todos los tipos que sirven la champaña; ahora sólo falta que empiecen a llegar los invitados").

El general, libre de la tutela de la tía Magolita, que lo tenía sometido a un afrentoso régimen vegetariano, no desairó *el buffet* y tampoco se mostró regodiento con la champaña. La última vez que lo vi estaba sentado en un rincón conversando con una embajadora muy descotada y que tenía peligrosamente cargadas de polen las miradas. Dos horas después pasé por ahí y la embajadora estaba virtualmente volcada sobre el general y pensé que de ahí en adelante ya no seguía sino apagar la luz. En el automóvil, de regreso hacia la casa, le comenté sin la menor intención de obtener ningún beneficio económico:

-Yo me pregunto, general, que diría la tía Magolita si se entera de lo que pasó esta noche. Y no me refiero a sus ataques al bufete, sino a tu prolongado têtê-à-têtê con esa señora embajadora que con las dos suyas casi te saca los ojos... hasta creí que me podrías dar un hermanito...

-No, mijo, ojalá, me respondió el general. Haz de saber que a mi edad lo único que yo puedo hacer con las mujeres, para interesarlas, es contarles la guerra de los Mil Días.

El pleito de San José se resolvió, en última instancia, mediante un arbitraje mediocre. La mitad de las acciones para Los Caballeros y la mitad para los banqueros europeos. En general, sin embargo, no pudo llegar como Moisés a la tierra prometida. La muerte se lo llevó sin permitirle volver a ver el escenario donde discurrió su niñez y del que nunca estuvo ausente su esperanza. Nunca más regresó a esas tierras hermosas en donde la luz descubre todas las mañanas la más extraordinaria sinfonía de verdes y en donde al mediodía la mancha roja de un anaco florecido es como una brasa que incendia la transparencia del aire, mientras que a lo lejos, hacia el lado de Barbosa, espejea la cinta líquida del río incapaz de refrescar el paisaje. No pudo, digo yo, volver a San José de Suáita, de donde jamás debió salir, porque a las personas idealistas y buenas como don Quijote y como él nunca faltan en la vida almas ruines "que se encargan de cincharles mal el Rocinante de su quimera".

He tratado de ser objetivo al hablar del general, mi padre, procurando aquietar la emoción de la sangre. Yo lo quise como padre y lo admiré como hombre. Tuvo dos virtudes que hoy no se encuentran sino en muy pocas almas. Una conciencia limpia, como el algodón que alimenta los telares de las fábricas de San José de Suáita, que él fundó, y un carácter recto como la hoja de la espada que el liberalísimo entregó victoriosa en 1902, para garantizar la paz del país, sobre el histórico puente de Wisconsin.

San José de Suáita, por una sucia paradoja de la vida, está hoy en manos del joven estudioso que tenía su oficina de negocios con el barón du Riveau. Yo, aunque todavía conservo unas acciones de la empresa como un recuerdo sentimental de mi padre, el general, tampoco he vuelto. Hoy me explico, con mayor claridad que nunca, por qué no quiso el general Charles de Gaulle regresar a Francia, su patria, cuando los nazis la tenían ocupada.

LA PRIMERA VEZ QUE YO ENTRÉ AL ESCRITORIO DE SAN JOSÉ DE SUÁITA

La primera vez que yo entré al escritorio de San José de Suáita, de donde desapareció muy poco misteriosamente la magnífica biblioteca del tío Lucas Caballero Echavarría -un día de éstos pienso evocar el espíritu del barón du Riveau para preguntarle dónde puedo encontrarla- noté otra falta imperdonable. No había retrato de la tía Magolita. Estaban únicamente el del general, el de mi tío Alfredo y el de mi tío Julio, fundadores de la empresa, y además el de mi tío Carlos que, por ser bastante menor, no había llevado cinta en esa procesión.

Yo hice caer en cuenta de tamaña irregularidad a la tía Magolita y arrancó y ella me contestó, con el buen sentido que siempre le acompañó, que su retrato no cabía en el escritorio porque éste sólo tenía cuatro paredes.

-No importa, le respondí, yo le haré poner cinco.

-No, me dijo, es que además, cuando me propusieron que figurará en vez de Carlos, yo no tenía un buen retrato de perfil.

Ésa era una de las pocas debilidades de la tía Magolita, que ella procuraba combatir con la oración, porque estimaba que la coquetería era un pecado. La tía Magolita, en los pocos retratos que hay de ella, torcía siempre la cabeza hacia un lado en el momento en que el fotógrafo decía que iba a salir un pajarito y disparaba el obturador. Un Jueves Santo, desinhibida por dos copas de vino Cora, me abrió su corazón. "Es que de frente no me gusta salir. Habrás notado que tengo la misma nariz de Julio". En efecto, mi tío Julio tenía una nariz pesada y que parecía haber sido hecha de carrera, pero que en última instancia le permitía respirar, qué es lo que fundamentalmente se debe exigir a cualquier nariz.

En eso de narices, Eduardo y yo no podemos lanzar el primer moco. Los dos le heredamos la nariz a mi abuelo materno, Aristides Calderón Reyes, presidente en su época del estado soberano de Boyacá, lo que indica que ser presidente no ayuda nada para mejorar las facciones.

Un día en que los dos viajábamos en un avión, un compañero de vuelo empezó a mirarnos a Eduardo y a mí con una sospechosa insistencia. Yo le pregunté a Eduardo si no sería que él le debía algo a ese sujeto y Eduardo me contestó que ni siquiera lo conocía.

-También a usted lo mira, agregó, ¿no será que él le adeuda a usted?

-No creo, le dije, ¿acaso tiene una cara de trabajar en un bar de postín?

Eduardo sacó un libro para leer que le tapó la cara, pero como yo no había llevado ninguna lectura tuve que aguantar estoicamente el escrutinio. El sujeto sacó de pronto lápiz y papel y empezó a dibujarme. Luego se situó en el pasillo, le observó atentamente el perfil a Eduardo y lo dibujó también. Yo ya estaba fastidiado con semejante impertinencia y me disponía a tomarlo por las solapas y a preguntarle:

-¿Qué es lo que usted quiere con nosotros, gran carajo? Cuando aterrizó el avión.

En el momento en que estábamos reclamando las maletas, el sujeto se nos presentó.

-Soy fulano de tal y he venido todo el tiempo embobado con ustedes dos, nos dijo. Ustedes dos son un caso de texto y estoy a sus órdenes para lo que se les ofrezca. Les advierto que no me mueve el interés y que cualquier trabajo para ustedes lo ejecutaré gratis. Esta es mi tarjeta. La tarjeta decía:

Salomón Kravinsky - Cirujano Plástico

El Do de Pecho en Rinoplastias.

Después de leer la tarjeta, levanté indignado la cabeza para gritarle: ¡Polaco hijuepuerca!, pero Salomón Kravinsky ya iba lejos.

La tía Magolita, pues, no tenía bellas las narices sino el alma, que es lo que más interesa para ganar el cielo. Cleopatra, le dije yo cuando estudiaba historia romana, las tenía perfectas y todo me hace pensar que arde hoy en el sitio más recalentado del infierno. El alma de la tía Magolita era de una pureza impoluta, como las de las vírgenes cristianas que morían, bajo el imperio del impío Diocleciano, inmoladas por su fe o como las cándidas ovejas que preparan a la llanera de Boyacá. Ella, a Dios gracias, no tuvo que someterse a esta heroica prueba, pero se impuso por su propia cuenta otras, sino tan drásticas, sí mucho más aburridoras. La tía Magolita, brille la luz perpetua para ella, resolvió tomar bajo su exclusiva responsabilidad la salvación eterna de todos los pecadores que el Señor había puesto su familia. Ella ayunaba, iba a misa y recibía el sagrado viático por los hermanos y los sobrinos que nos absteníamos de hacerlo, y por dicha razón vivía metida, desde que abrían sus puertas hasta que las cerraban, en la vecina iglesia de La Candelaria. Hacía sólo un breve receso para almorzar, y luego, debidamente revitaminizada, regresaba a La Candelaria a sumirse de nuevo en los inefables deliquios de la oración.

La acompañaba en estos trances Lola Holguín, la más demacrada y devota de sus camaraditas de piedad. El ayuno continuado le había secado las carnes y tenía un aspecto terrible. Lola Holguín iba siempre toda de negro hasta los pies vestida, "como nuestro rey Felipe que Dios guarde", y tenía un bozo como el que luce en las estampas que se fijan en el interior de todas las puertas, San Ignacio de Loyola, benemérito fundador de la Compañía de Jesús. Ustedes deben haberlas visto: "Dijo este gran santo al demonio: no pasarás".

Un día en que yo no terminé de almorzar, porque tenía una cita y además había principio de pepinos rellenos, me la encontré en la puerta de la calle y ella me dijo:

-Tú debes ser uno de los sobrinos de Magolita. Te ruego el favor de decirle que si no se apura llegaremos tarde a las cuarenta horas que iniciamos hoy en la congregación de los Sagrarios Calvarios

-¡Sí, padre, con el mayor gusto!, le respondí, y regresé al comedor en donde le informé a la tía Magolita que un sujeto horrible, con pinta de sacerdote, la necesitaba con urgencia para un asunto relacionado con los Sagrarios Calvarios.

-Es Lola Holguín, me dijo, y para que sepas no tardará mucho en subir a los altares. Es una verdadera santa.

-No lo dudo, fue mi respuesta, pero insinúale que se afeite el bigote porque, de lo contrario, será más bien un verdadero santo...

La tía Magolita y Lola Holguín, en desarrollo de un mano-a-mano de piedad que nunca se volverá a repetir, le hicieron vivir a La Candelaria una mañana, en la misa de siete, que era la más concurrida de todas las que se oficiaban allí, un momento de gloria inmarcesible, como el del himno nacional. Las dos, saliendo emparejadas desde la última banca de la Iglesia, llegaron hasta el comulgatorio caminando en las rodillas, recibieron allí el Sagrado Viático y regresaron en la misma forma a sus puestos de partida. Nunca antes había resonado tan sinceros aplausos en la casa de Dios, si se exceptúa un Viernes Santo en que se anunció desde el púlpito que, a causa de un providencial ataque de gripa, el padre Regino Maculet no podría pronunciar el sermón de las Siete Palabras, como estaba previsto. La lástima fue que ni la tía Magolita ni Lola Holguín estaban en condiciones de escuchar tan merecida como inusitada ovación. Las dos eran presas de ese profundo sopor místico en que se sumen las señoras piadosas después de comulgar, y que haría pensar si no se tratara de personas tan honorables como la tía Magolita y Lola Holguín. Que en el comulgatorio acababan de recibir una sobredosis de marihuana. Las dos terminaron destrozadas, y a la tía Magolita tuvieron que tomarle, esa tarde, noventa y siete puntos en las medias. Las altas autoridades candelarias declararon que el espectáculo era digno de la catedral de San Pedro en Roma, y hasta querían que el general, mi padre, les financiara el viaje. El las mandó *al lugar adecuado*, pero no a Lola Holguín ni a la tía Magolita, sino a las altas autoridades candelarias.

Y un detalle final que mi vanidad familiar me impide suprimir. El mano-a-mano de piedad se lo ganó, ya en la línea de llegada, la tía Magolita a Lola Holguín por una nariz. La nariz de mi tío Julio, como se comentó esa noche a la hora de la comida en mi casa, mientras que la tía Magolita se colocaba discretamente de perfil.

El anterior mano-a-mano en realidad nunca se celebró, pero me sirve de ejemplo para pintar como los extremos de sublime bondad a que podía llegar la tía Magolita en el propósito de asegurarle el cielo a la familia, lindaban con el sacrificio. Era tan transparente y tan ajena a toda malicia, sin ser por ello nada tonta, que yo, en un principio la quería y la trataba como a una hermana mayor, terminé queriéndola y tratándola como a una hermana menor. Y lo mismo les pasaba a mis hermanos.

Estábamos hablando, verbigracia, del caso de una recién casada que pronto sería mamá, porque ya tenía un perfil abdominal como el del padre Larrañaga, exuberante jesuita amigo de la casa, y cuando llegaba la tía Magolita, sin previo acuerdo, nos frenábamos. Ella, notando en el ambiente cierta tensión anormal, nos decía:

-de nada bueno estarían hablando cuando apenas me vieron se callaron...

-¡cómo se te ocurre!, contesta uno cualquiera de nosotros. Era que comentábamos lo que dice el periódico sobre el crecimiento alarmante de la inflación monetaria.

Había ocasiones en que yo experimentaba deseos casi irreprimibles de fusilar a la tía Magolita, como a los militares traidores, sobre un tambor. Era cuando, sin otra mira que mi perfeccionamiento moral, le decía al general, a la hora del almuerzo, cuando todos estábamos reunidos en el comedor:

-Lucas, pregúntele a este niño a qué horas llegó anoche, que digo, esta madrugada a acostarse...

El general, que ocupaba la cabecera de la mesa, disparaba entonces la mirada hasta el otro extremo donde estaba yo, y repetía:

-¿a qué horas?

-No sé, general, le respondía, porque como nadie ha sido capaz de regalarme un reloj que tanta falta me está haciendo...

-¡eran las seis!, martillaba, implacable, la tía Magolita. Lo supe porque el gallo de María Grajales de Vargas (que era nuestra vecina) siempre canta a esa hora...

Entonces yo, para desviar el curso peligroso que había tomado la conversación, decía:

-¿no es cierto, general, que los gallos cantan de hora en hora durante las noches para despertar y echarle su buen repaso a las gallinas. Bueno, a menos que la tía Magolita sepa más que don Ricardo Lleras, mi profesor de botánica...

-¡ah, conque eso dice Ricardo!, comentaba distraídamente el general volviendo a su sopa...

-y además, agregaba yo mirando de través a la tía Magolita, la historia sagrada dice que el gallo ya había cantado tres veces cuando San Pedro traicionó a su Maestro, como ciertas personas que yo conozco traicionan a sus sobrinos. Y a quien le crees tú más: ¿al gallo de la escritura, un gallo privilegiado que cantó para el señor, o al cochino gallo de María Grajales?

- No fueron tres sino dos veces, rectificó la tía Magolita. Está en mi libro de misa. "Cristo díjole entonces a Pedro: antes de que el gallo cantare tres veces, tú ya me habrás negado una". El general, que había seguido atentamente la última parte de la conversación, intervino:

- Y a propósito, Magdalena, ya que están hablando de aves, dime: ¿por qué no nos has vuelto a dar pollo al almuerzo...?

- ¡Síiii, asentimos todos, estos pasteles de arracacha están materialmente incomedibles!

Entonces a la que le tocó defenderse fue a la tía Magolita.

El almuerzo terminó sin más contratiempos, y a la salida ella se me acercó y me dijo:

- Lo hice por tu bien, pero como verías no insistí porque tú cita bíblica me conmovió. ¡Ni qué que te la hubiera escogido Lola Holguín!

También la tía Magolita practicaba las obras de misericordia. Eso ni se pregunta. Iba a todos los novenarios de las personas conocidas para consolar a los tristes. Los viernes, sin falta, invitaba a almorzar al coronel Barrera, un pariente pobre de ella y de papá, y a la propia Lola Holguín, me supongo que para dar de comer a los hambrientos. Le puso un taparrabo de encaje, porque tenía manos de primor para el crochet, a una pequeña reproducción del Moisés de Miguel Angel que había en casa de mi abuela, para cumplir con el mandato de vestir al desnudo. Tenía un gato que al menor descuido se comía los canarios y así satisfacía la imposición católica de enterrar a los muertos. Había días en que, después de mucho bregar, nos prestaba a Eduardo y a mi cinco pesos que tomaba del dinero del mercado y el y yo los invertíamos inmediatamente en sifón, en el café de La Paz, para que, sin saberlo, la tía Magolita no descuidara su sagrada obligación de dar de beber a los sedientos. Tampoco faltaba ella el deber de visitar a los enfermos, y así lo hacía conmigo cuando era menester, pero eso merece capítulo aparte.

Yo había tenido un accidente, viviendo ya mi segunda soltería, y estaba hospitalizado en la clínica Myrta S.A.; en efecto, a causa de un desdichado resbalón, me había rodado los cuatro tramos de las escaleras del edificio donde vivía mi hermana Ana. Fue una caída tan aparatosa y tan cruel como la que sufrió después el peso colombiano cuando gobernaba el país el marido de mi prima Cecilia. El resultado fue una triple fractura conminuta del brazo, tan grave, que los médicos, al ver las radiografías, estaban indecisos entre apelar al yeso o cortármelo. Eduardo, que vive en función literaria, me consoló diciéndome:

- No se preocupe, Lucas, piense usted en que eso mismo le pasó a Cervantes. Los médicos, a Dios gracias, no se decidieron por la literatura sino por el yeso.

Esa mañana, cuando llegó la tía Magolita a la clínica Myrta S.A. a visitarme, consternada y apretando la mano una reliquia milagrosa para ayudar a los médicos en mi curación, yo me encontraba en una situación deplorable. Estaba incorporado a medias en la cama, con el brazo en alto, enyesado, y un chaleco del mismo material oprimiéndome desde el pescuezo hasta el ombligo. La tía Magolita, que tenía de pronto manifestaciones involuntarias de humor piadoso, me dijo, juzgo yo que para consolarme;

- Te ves muy bien... Como esa estampa de primera comunión en la que aparece El Salvador con los brazos entreabiertos, tal como tú los tienes ahora, y debajo una leyenda, que se supone salida de sus divinos labios, y que dice: "Dejad a los niños que vengan a mí". ¿No te parece lindo?

Opté por no contestarle, y si no hubiera tenido el brazo en semejante estado, hasta le habría dado una cariñosa palmada punitiva en el sitio de la espalda a donde le llegaban los abrigos a mi tío Julio. Dios no lo quiso. Entonces prefería preguntarle de quien era la reliquia que traía en la mano, porque, siendo cosa suya, el mugroso pedazo de trapo que sostenía entre los dedos, tenía que ser obligatoriamente una reliquia.

- Adivinaste, me respondió. Es un trozo del benemérito calzoncillo que tenía puesto el día de su muerte monseñor Ismael Perdomo, santo arzobispo conciliar de Bogotá. ¡Dios lo tenga recibido en su seno!

Dejó pasar un momento y agregó:

- Dicen que está haciendo muchos milagros. A Lola Holguín, alma bendita, la tiene ya muy aliviada de los juanetes. Póntelo en el brazo, debajo del yeso, y te aseguro que dentro de una semana estarás jugando tejo...

- Yo qué voy a jugar tejo, tía Magolita. Eso queda para los políticos como Julio César Turbay... Ella insistió y yo, para darle gusto, accedí a ponérmela. Esa tarde, para que durmiera, me dieron un calmante. Pero no pude pegar los ojos. Estaba muy adolorido. La tía Magolita, en cambio, se quedó dormida rezando el rosario, en una poltrona que había cerca de mi cama, y ronco toda la santa noche. El sueño de los justos, pensaba yo para mis adentros, mirándola con ternura.

En los días subsiguientes se me pasaron los dolores, y aunque yo sabía que eso se debía el yeso, para darle contento a la tía Magolita se lo atribuí al benemérito calzoncillo de Monseñor Perdomo.

-¡No te lo decía yo!, me comentó ella con un brillo de triunfo en la mirada. Y agregó con cálido embeleso:

-¡Era un verdadero santo!

La tía Magolita dejó de quedarse por las noches desde que se acentuó mi mejoría. En su lugar, contraté una enfermera a la cual el médico de cabecera le fijó desde el primer día sus instrucciones en un cartel que, sujeto con un trozo de bramante, colgaba de una puntilla en la parte interior de la puerta. No lo hubiera hecho. En efecto, a la tía Magolita, que llegaba ahora todas las mañanas después del desayuno espiritual, que era la santa misa, le dio un día por leerlo. Sacó, pues, sus anteojos y comenzó:

toma de los signos vitales, a saber: tensión arterial, pulsaciones y temperatura.

Aseo de la cara.

Aseo de la boca.

Aseo de las manos.

Aseo de los genitales.

Aseo de los pies.

Desayuno.

Era todo y, mientras guardaba sus anteojos, la tía Magolita me formuló la pregunta que yo veía venir aterrado.

-Entendí todo, me dijo, menos una cosa: ¿qué son los tales genitales?

Yo no sabía qué responder, pero de pronto, como irradiada por la reliquia milagrosa de Monseñor Perdomo que tenía escondida en el yeso, me llegó la chispa divina de inspiración:

-¿genitales?, repetí despreocupadamente. Genitales creo que es el nombre que les tienen los médicos a las enfermeras que hacen turnos de noche...

confieso que nunca antes había experimentado tanto alivio como cuando la tía Magolita, aparentemente satisfecha con la deleznable explicación, se sentó en su poltrona y empezó a tejer.

-Sí, dijo. Es que los médicos disponen siempre unos nombres tan raros a las cosas... ¿nunca te dije que el doctor Lombana Barreneche, un sabio, le decía al dolor de cabeza cefalea? Como para morirse de la risa.

Yo pasaba sólo con ella largas temporadas en San José. Era también la tierra de su sangre y de su infancia y, cuando estaba en ella, el corazón se le llenaba de recuerdos como las macetas que rodean la casa, cuando florecen en mayo, se llenan de mariposas. El día en que la tía Magolita murió, yo sentí que con ella se había roto uno de esos lazos impalpable que con tanta fuerza nos atan a la vida y que en mi corazón se había hecho ese vacío triste y opresivo que se respira en las casas en donde se acaba de practicar un desahucio. Yo creo que sí hay cielo, la tía Magolita ocupa en el lugar de privilegio y que su espíritu vuela ahora por los espacios infinitos, libre ya de los mareos que en esta vida le producía el avión, bajo la mirada dulce y complacida de Dios.

El cielo de la tía Magolita, claro está, debe ser un cielo en donde los fotógrafos, si los hay, sólo retratan a las almas buenas de perfil.

LOS CUATRO ASES DEL LIBERALISMO

En este país hay dos temas siameses, si se puede decir así, que apasionan terriblemente a la opinión nacional. No son otros que la política y el fútbol, como creo que se anotó al principio de estas desordenadas memorias.

El fútbol, sin embargo, ha ido conquistando adeptos a costa de la política, me supongo que desde el momento en que el país se dio cuenta de que a nuestros políticos se les estaba bajando la cabeza a los pies. Los síntomas son alarmantes. Hoy día no hay un solo político colombiano ni liberal ni conservador, que cuente con tantos fanáticos como Willington Ortiz, un alegre morenito de Tumaco que tiene una fábrica de hacer goles en los pies. Y el estadio de El Campín, con cupo para setenta mil espectadores, se llena hasta las banderas todos los domingos a tiempo que en las barras del Congreso, antes colmadas, hoy apenas bostezan aburridamente unos cuantos policías de servicio. Es cierto que las barras del Congreso son mínimas comparadas con las de El Campín, pero tampoco puede negarse que para asistir a estas últimas hay que pagar la entrada y para asistir a las primeras el acceso es gratis.

Este fenómeno, que no deja de revestir gravedad, no escapó al fino olfato político de nuestro actual mandatario, el cual, para elevar su abatido prestigio, en un último y desesperado recurso, sin ser partidario del mundial de fútbol, resolvió autorizarlo. Fue en balde. El prestigio de los presidentes guarda con el costo de la vida la misma relación que el contrapeso de los montacargas con los montacargas: cuando el contrapeso y el costo de la vida están arriba, el presidente y el montacargas están abajo, y de esto no se puede culpar a la oposición sino a la física. Yo colijo que nuestro excelso mandatario, Julio César Turbay, obró movido por los celos que le produce el aura popular que envuelve como una manta guajira la figura regordeta de don Alfonso senior, floreciente y pintoresco negociante costeño, autor de tan disparatado invento. Hay que recordar que recordarle a la clientela liberal, que es la misma fanaticada de los argentinos, que el partido cuenta con figuras eximias de la política que, sin ellas saberlo, son también glorias auténticas no escalafonadas del fútbol universal. El doctor Alfonso López Michelsen, por ejemplo, y el propio doctor Turbay han pateado al país con la misma técnica y el mismo shoot imparable con que le pega a la pelota el niño prodigio de las canchas argentinas, Diego Armando Maradona.

La baraja liberal, como todas las barajas, cuenta con cuatro ases inamovibles. Con un eterno póquer que nos alborota el orgullo. Ellos son, ¿habrá que decirlo otra vez?, Alberto Lleras Camargo, Carlos Lleras Restrepo, Alfonso López Michelsen y Julio César Turbay Ayala, nombrándolos en riguroso orden de antigüedad. La suerte del partido, de cierta época para acá, ha estado siempre en sus manos, y hasta los mismos jóvenes liberales, indómitos y camorristas que piden a ratos su retiro en aras del inexorable relevo generacional, cuando se presenta una situación caótica o difícil olvidan como por ensalmo su rebeldía y corren como colegiales arrepentidos, a buscarlos. El fenómeno es tan triste como lógico. Todos, en mayor o menor grado, han sido hechura de ellos y sueñan con reemplazarlos algún día, pero como no han hecho nunca nada, fuera de medrar a su sombra, "a la hora del té", para usar una expresión de moda entre los jóvenes, se encuentran con la desagradable sorpresa de que no han aprendido a pensar.

En la parte central de las presentes memorias, que deseo sean algo así como una separata o unas lentejas que quienes las quieran las tomen o si no las dejen, voy a intentar describir, con la mayor objetividad y honradez posibles, a estos cuatro ases de la baraja liberal. Lo haré, procurando que ni la admiración ni el desafecto perturben mi visión, usando para ello modernos lentes de contacto como los del doctor Turbay. Usaré una técnica y un pincel propios, para no ir a adelgazar sus virtudes como lo hacía El Greco con la estampa hidalga de sus cortesanos ni a abultar sus defectos como Fernando Botero lo hace con la imagen sensual de sus obispos. Le pido a la Virgen del Carmen, que es mi abogada, que interceda ante el señor para que me ilumine y permita que cuando mis lienzos comparezcan ante el tribunal de la crítica, las señoras, que son las que tienen siempre la última palabra, digan: "sólo les falta hablar".

En las mesas de juego he sido siempre perdedor, y nunca, hasta hoy, me habían llegado cuatro ases a las manos. Los juego, pues, y voy todo lo que hay sobre la mesa y resto...

ALBERTO LLERAS CAMARGO

Alberto Lleras tiene ancestros ilustres en las letras y en las armas. También en el magisterio. (El, desde luego, se siente el más importante de todos). Don Lorenzo María Lleras, el general Sergio Camargo y el general Pedro José Sarmiento y muchos otros colombianos notables cuyos hechos y ejecutorias pueden leerlos - quienes así lo deseen - en los textos de historia. Los remito a ellos. Yo no estoy interesado en competir con Henao y Arrubla, dos viejos que me cargan.

El magisterio, terminadas en buena hora nuestras guerras civiles, fue la actividad que escogieron los Lleras, gente inteligente, letrada y orgullosamente pobre. Para ganarse la vida, don Lorenzo María tuvo un colegio, el padre de Alberto entiendo que siguió por ahí y yo, siendo alumno del Gimnasio Moderno, conocí en la docencia a Ernesto y a Felipe. Ernesto, que murió estando aún muy joven, fue mi maestro de ortografía, y Felipe, a quien Dios conserve por muchos años, fue mi maestro de francés. Alberto resultó ser el único de los Lleras que no compartió la vocación familiar. Es posible que naciera con la sangre cansada de tanta pedagogía y yo juzgo que por esta circunstancia se retiró de la Escuela Ricaurte cuando apenas cursaba tercer año de bachillerato y era un mozalbete desnutrido e indocto.

No digo esto con ánimo de disminuirlo, sino para destacar, por el contrario, los méritos de Alberto quien tiempo después, con voluntad de hierro y firme propósito de superación, se dedicó a enriquecer sus conocimientos con la pasión que pone un meticuloso floricultor japonés en cultivar un hermoso jardín artificial. Hoy, los resultados sorprenden a propios y extraños. Alberto posee una cultura casi superior, cree dominar las humanidades, es doctor honoris causa de la Universidad de Popayán, se sospecha que está aprendiendo griego por correspondencia y sabe más latín que el apéndice rosado del diccionario Larousse. El latín, ya que lo hemos mencionado, es la mayor debilidad del prócer. Todos sus escritos políticos, que algunos lectores devoran, están rociados de citas en ese idioma como las tortas navideñas de trocitos de frutas cristalizadas y de gráneas o peloticas de menta. Esto, además de apetecibles, los hace deliciosos. Alberto tiene, sin lugar a dudas, una gran admiración por Roma, ardiéndole en la sangre. No pudiendo ser asesor del finado Julio César, sacrificado por Bruto, cuando todavía pasaban esas cosas, lo es de su actual tocayo Julio César Turbay. En casos especiales, aclaro, como el de la embajada dominicana. En donde su amor por la cultura latina alcanza, sin embargo, su máxima altura es cuando el doctor Alberto Lleras propone la candidatura presidencial del doctor Barco Vargas, se presume que por llevar el mismo nombre de Virgilio... ustedes saben, Virgilio, el celebrado autor de la Eneida, un gran poeta épico con nombre de prostituta pereirana, y de Las Bucólicas en donde describe la emoción primitiva del campo, sin agua, sin luz y sin servicios, como la Bogotá contemporánea.

Lo anterior lo comentó con un sentido de divulgación pedagógica. Creo que es justo hacer conocer el esfuerzo realizado por el doctor Lleras Camargo para convertirse, de una adolescente desaplicado y reacio a las aulas, en un erudito y acatado estadista. Considero que su ejemplo puede ser de suma utilidad a los actuales congresistas. Alberto Lleras está hoy capacitado para enseñarnos muchas cosas y, como a todos los colombianos que pasan de cierta edad se le llama maestro. Yo también he empezado a recibir ese título, pero creo que más que por los años, es por mis vastos conocimientos empíricos en plomería, reparación de wáteres y en el arreglo de toda suerte de electrodomésticos. Lo cual, viviendo uno solo, como vivo yo, es el mayor ornato del separado y del soltero. Alberto Lleras, repito, puede enseñarnos ahora muchas cosas y en cambio antes, cuando le dio el esquinazo a la Escuela Ricaurte y les hizo una seña prohibida a sus estudios, lo único que nos podía enseñar eran sus dientes. Los suyos son de una peregrina nobleza de tamaño que le confiere sobre el resto de sus conciudadanos una superioridad evidente. Lo digo sin el menor pesar del bien ajeno. Alberto Lleras puede cepillarse los dientes con la boca cerrada. Pocos disfrutan de ese privilegio.

Una graciosa facilidad para redactar, como se decía antes, adorna a Alberto Lleras. El doctor Eduardo Santos, propietario de El Tiempo, no tardó en descubrirlo y lo llamó a colaborar en su periódico. Poco después, cuando creó un suplemento vespertino de ese diario, llamado La Tarde; lo encargó de dirigirlo. Yo estaba muy niño en esa época, dedicado a aprender en el colegio ortografía y francés con sus hermanos, mis maestros. Pero me cuentan que Alberto Lleras, que firmaba con el seudónimo latino de Allius, escribía comentarios políticos muy ágiles e intencionados y asimismo glosas sobre la actualidad cambiante y pasajera. Eran ligeras y graciosas, con esa gracia que Alberto Lleras confinó luego al olvido, temeroso de que cualquier explosión de humor pudiera sabotear su inmodificable decisión de volverse estadista. Fue una pena.

Hoy todavía escribe de vez en cuando en El Tiempo unos largos editoriales políticos, petulantes y sobrecargados de latines como las encíclicas de los pontífices. Los días en que él honra a ese diario

con su visita, se respira en todas sus dependencias un aire religioso y solemne como el de las basílicas cuando tienen a Nuestro Amo expuesto en el Sagrario. Los corazones se arrodillan, las conversaciones se adelantan en un susurro para que parezcan oraciones y la adulación sube hacia él en grandes oleadas litúrgicas como el humo de los incensarios. En la entrada un grupo de colaboradores selectos le da la bienvenida y se encarga tímidamente de sus pertenencias con una unción y una reverencia infinitas, como si la monareta en que hace sus desplazamientos fuera el manso pollino en que entró El Salvador, el Domingo de Ramos, a Jerusalén. Y su descolorizada gabardina la túnica sagrada cuya posesión se disputaron a los dados los brutales sayones. Y su anacrónico borsalino marrón, ya deformado por el uso, la propia corona sangrante del martirio. Hersán, emocionado, a cada rato tiene que escurrirse al baño a hacer agüitas. Las empleadas más audaces le piden un autógrafo, y cuando lo consiguen, se sienten, para usar una frase moderna, mujeres realizadas. Me explico. Experimentan ese inefable sentimiento de plenitud femenina que debió embargar a María, virgen y madre, cuando recibió estando de visita en casa de su prima Isabel la milagrosa salutación del Arcángel. La presencia de Alberto Lleras, que entretanto agita las manos bendiciendo al personal y sonriendo beatíficamente, de oreja a oreja, con una sonrisa como de piano de concierto, produce estas y muchas otras reacciones de la más acrisolada ridiculez. La culpa, desde luego, no es de Alberto, aunque a él no le desagradan estos homenajes y los considera merecidos pero insuficientes en su caso.

Lo dijimos antes. Hay dos cosas que nunca han terminado de crecerle a Alberto Lleras y el país entero sabe cuáles son. ¡La vanidad y los dientes!

Creo que fue en la redacción de La Tarde donde el doctor Alfonso López Pumarejo conoció al entonces joven Lleras Camargo y lo sedujo políticamente. Fue algo fulminante. Formaron entonces un binomio perfecto, porque las cualidades de los dos eran complementarias, quiero decir, que López tenía ideas pero no sabía escribirlas o le daba pereza hacerlo y a Lleras Camargo le pasaba exactamente lo contrario. Esta asociación fue altamente benéfica para los dos, pero más para Alberto Lleras, que, del brazo paternal de Alfonso López, escaló todas las posiciones en que su bohemia y exagerada vanidad había soñado.

Fue al parlamento, conoció los ministerios, honró las embajadas diplomáticas. Fue al parlamento, digo, y allí se hizo conocer como un orador plausible y grandilocuente y como un locutor sin segundo. Como un vocalizador de miedo. Como una rutilante estrella del *negro*, que es el nombre con que los locutores designan en confianza al micrófono. Yo siempre que lo oigo hablar lo comparó con Caruso, aunque no conocía a Caruso, sé que a todas las personas con bella voz las comparan elogiosamente con él.

El 10 de junio de 1944 un grupo de militares descontentos dio un golpe de opereta y amarró al Presidente López Pumarejo en Pasto. Colcultura debía ponerle música a ese golpe y transmitirlo por la televisión. Nadie ha puesto en duda que fue Alberto Lleras, quien estaba ese día en Bogotá, el prócer que desde la Radiodifusora Nacional, con un *negro* en la boca, como un tetero, logró que a López Pumarejo lo desamarraran. En efecto, con voz impostada y tribunicia, modulando las palabras como arpegios, él les hizo caer en cuenta a los amotinados de lo innoble y antidemocrático de su proceder. La tradición de las armas colombianas, les dijo, no es ciertamente la de sublevarse contra el poder legítimamente constituido, sino la de servirle de escudo y de coraza, recordando a diario a Ricaurte en San Mateo que "deber antes que vida, con llamas escribió".

El coronel Diógenes Gil, rudo hombre de armas, jefe de los amotinados, deshecho en lágrimas, libertó con sus propias manos a López, le presentó sus más rendidas excusas y, agobiado por el peso de su arrepentimiento se fue caminando por sus pasos contados a la cárcel en donde se entregó. La noticia corrió como la pólvora que no se había gastado en el golpe y los periodistas asediaron al bravo coronel a preguntas. Les intrigaba conocer las razones que habían determinado su sorpresiva entrega. Éste, con sus curtidas mejillas boyacenses empapadas en llanto, llorando como una reina de la belleza acabada de coronar, proyectó dos dientes frontales hacia abajo y se limitó a decir:

"¡Carajo, qué locutor".

Enseguida hizo una breve pausa, se pasó el pañuelo por el rostro y remató:

-"¡Qué locutor, carajo!".

La ascensión política de Alberto Lleras, con Alfonso López padre prestándole la escalera, tenía que ser inatajable. Y lo fue. Yo la comparé con el alza perpendicular del costo de la vida a partir del año setenta y cuatro.

Hubo dos presidencias de López Pumarejo. La primera de ellas fue excelente, entre otras razones por la de que en aquella época Alfonso Jr., su catastrófico muchacho, estaba especializándose en Londres en alguna cosa. Nunca se ha podido saber en qué. La segunda, en cambio, ya cuando el niño había regresado al país, terminó mal o, dicho con mayor rigor del lenguaje, no pudo terminar. Yo me limité a anotar la coincidencia y nada más. Es cierto que he oído a asociados a la caída de López padre que sólo antecedió en muy pocos meses a la del Partido Liberal, nombres exóticos como los de la Handel, la Plantex, Von Mellenthin y otros por el estilo, pero no me interese nunca por averiguar de qué se trataba, porque no tengo dominio de los idiomas extranjeros. Es una falla imperdonable de mi educación que me prometo reparar en mi futura reencarnación, siempre que la haya, claro está. La culpa de esto, en cierta forma, es de mi maestro Felipe, hermano de Alberto. Él me transmitió un francés sui generis, que no se puede hablar sino ayudándose con señas, y se retiró intempestivamente del Gimnasio Moderno cuando empezaba a enseñarme las señas. Yo no me vine a enterar, pues, de la caída de López padre sino por el anuncio, con orla y en primera página, que publicaron los diarios de la época. Decía más o menos así:

"Alfonso López Pumarejo lamenta tener
que informar al liberalismo que por
dolorosas y conocidas circunstancias
familiares, concretamente por la plutofilia
y la centavopatía inmodificables
del mayor de sus muchachos, se
ve obligado a abandonar el cargo que
hasta hoy ocupaba".

Alberto Lleras, que era entonces el primer designado de López Pumarejo, tuvo que asumir la presidencia con tantas ganas como dificultades. El país estaba peligrosamente cargado de electricidad como la atmósfera cuando se acerca una tormenta tropical. Y que tormenta. El prestigio del gobierno había llegado al sótano. Las elecciones presidenciales estaban próximas y las grandes mayorías liberales se habían dividido radicalmente entre dos candidatos irreconciliables, Gabriel Turbay y Jorge Eliécer Gaitán. Entretanto el conservatismo, que había fomentado hábilmente ese antagonismo desde El Siglo, no ahorrando para ello ningún recurso por bellaco que fuera, se preparaba para reconquistar el poder. Alberto Lleras no hizo nada para impedirlo. No intentó mediar entre los dos candidatos liberales para provocar un acercamiento amistoso que hubiera podido ser salvador para el partido. Hizo unas elecciones puras, limpias, inobjectables, y se retiró esa noche a su habitación envuelto en su orgullo como en su toga un magistrado "romano". El conservatismo, aprovechando la brecha de la división liberal, logró lo que quería y el partido de Sergio Camargo, de Lorenzo María Lleras y de Pedro José Sarmiento corrió entonces, como las ingenuas doncellas que abren las piernas en las radionovelas, "un destino peor que la propia muerte".

Los conservadores quedaron adorando a Alberto Lleras. Los liberales, dolidos en lo más hondo de su afecto, lo culparon de ese injusto descalabro cuyas dramáticas consecuencias sólo pudieron apreciarse en toda su magnitud tiempo después, sosteniendo que en su infinita soberbia Alberto Lleras había preferido la ruina del partido a permitir la posibilidad de que un miembro de su generación llegara antes que él, elegido por el voto soberano del pueblo, al solio de los presidentes colombianos. Y la cosa no paraba ahí. Decían que Alberto Lleras era un hombre frío, sin afectos, deshumanizado, en cuya alma insondable y helada sólo hay condiciones propicias de vida para sus odios, para sus aduladores y para su vanidad exacerbada. Unas cuantas personas, no más, defendían cálidamente su actitud, arguyendo que Alberto Lleras era un magistrado recto, austero y de corte romano, que al obrar como había obrado se había honrado a sí mismo y le había dado al mundo una prueba admirable de nuestra perfecta madurez democrática. Una de esas personas era yo. Yo, que ahora cuando pienso en los años horribles de la violencia, una pesadilla que Alberto Lleras pasó dormitando en la lejana presidencia de la OEA, me preguntó si no estaría entonces dramáticamente equivocado... Era joven y me dejaba guiar por los impulsos más que por el raciocinio.

Alberto Lleras fue para el doctor Alfonso López Pumarejo lo que San Juan, el discípulo amado, para Cristo. Los dos se limitaron a difundir las ideas de sus maestros sin haber participado para nada en su creación. Hay personas, sin embargo, que creen que Alberto Lleras comparte, con Alfonso López Pumarejo, los aciertos y los iluminados arrebatos revolucionarios de su primera administración. No. Eso sería tan equivocado como atribuirle a la mecanógrafa de García Márquez parte de la gloria de *cien años de soledad*.

Alberto Lleras se hizo muy pronto al ambiente febril de los Estados Unidos. No lo afectó demasiado el salto de la humilde changua al internacional Corn-Flakes. Tampoco le costó trabajo acostumbrarse a hacer sus compras en los Super-Markets y prepararse sus propias comidas. Compró lavadora y plancha eléctricas para el cuidado de su ropa. Tenía su apartamento como una tacita de plata, porque lo mismo empuñaba la brilladora de pisos que les pasaba a los muebles la aspiradora de polvo. Una bicicleta, adquirida por el cómodo sistema de plazos, le solucionaba el problema del transporte entre su apartamento y la OEA y le permitía, al mismo tiempo, mantenerse en buena salud gracias al ejercicio. En poco tiempo, pues, Alberto logró bastarse a sí mismo, y sólo los domingos suspiraba atristado pensando en la fiel boyacense que le preparaba la gloria del ajiao criollo. Le servía de consuelo, sin embargo, pues Alberto aprendió el ahorro en Smiles, saber que se estaba economizando el módico sueldo que tenía que pagarle y el olor a patria, a pueblo soberano, que despedía la buena mujer cuando se recalentaba. La identidad de Alberto con la vida norteamericana fue tan estrecha, tan íntima, que hasta la expresión del rostro le cambió y cualquiera, al verlo, cree estar en presencia de un severo y escuálido pastor presbiteriano.

En Bogotá, mientras Alberto presidía la OEA y se convertía en un denodado apóstol de las píldoras anticonceptivas, la ruleta de la política seguía girando. Laureano Gómez, el achacoso Presidente titular, había sido depuesto para purgar los increíbles desafueros que se habían cometido mientras él luchaba inconsciente contra la muerte en su lecho de enfermo, el presidente efectivo, que no lo era el designado Roberto Urdaneta Arbeláez, sino su propio hijo Álvaro. El autor del golpe militar, bautizado luego como "golpe de opinión" por el maestro Darío Echandía, era general de la República y se llamaba Gustavo Rojas Pinilla. Era un boyacense ladino y campechano, enamorado de las vacas, que concebía al país como un hato de infinidad de cabezas y al poder como un largo rejo que le había colocado en las manos la Divina Providencia para enlazarlas poco a poco.

Era necesario crear un gran movimiento bipartidista, nacional, como el que quiere formar Belisario para ser presidente, pero entonces con la finalidad de que el general dejara de serlo. El país se mostraba de acuerdo, pero había que consultar el proyecto con Laureano Gómez, que estaba en el exilio, porque donde no se contara con la aprobación del viejo necio, éste era muy capaz, como se dice en lenguaje familiar bogotano, de *tirárselo*. Laureano tenía una personalidad autoritaria y divertida, la cual le permitía actuar, estando él derrotado, como si los derrotados fueran los otros. Esto le dio a Alberto Lleras la oportunidad que él estaba buscando para reaparecer estelarmente, como se lo pedía su orgullo, en la escena política.

Los conservadores, desde las célebres elecciones del 46, célebres, digo, para ellos, lo llevaban metido como una tercera aurícula en sus corazones. Laureano, desde luego, más que ningún otro. El viejo, que era terco como una las hemorroides, manifestó que no se entendería jamás con ningún liberal distinto de él. Entonces, ¿qué más podía hacerse?, hubo que enviar como negociador Benidorm y a Sitges, dos puertos sobre la costa brava española, a Alberto Lleras, porque Laureano era mucho más bravo que la costa. El negociador regresó de España con una sonrisa hasta el pecho y no se necesitó más para saber que el Frente Nacional había nacido. El Frente Nacional consistió, en síntesis, en acordar que los liberales y los conservadores de arriba compartieran hermanablemente el presupuesto nacional para que los de abajo no siguieran matándose por él. El cincuenta por ciento para ti, el cincuenta por ciento para mí. Este cordial reparto recibió el nombre sonoro de la paridad y consiguió plenamente su propósito inicial: la paz fue con nosotros. Lo malo fue que a poco andar unos y otros le tomaron tanta confianza al sistema que terminaron robando juntos. El primer presidente del Frente Nacional fue Alberto Lleras, como era natural, impuesto por Laureano Gómez, como también era natural. Fue un gobierno plano, sin personalidad, caracterizado por una ilustre mediocridad, no desde luego por culpa de Alberto Lleras sino de las características peculiares del sistema. Era una concepción hermafrodita del poder, con órganos mixtos liberales y conservadores de reproducción, incapaz por lo mismo de engendrar ni concebir ninguna idea. Lo mejor de ese gobierno fue el discurso de posesión de Alberto, entonado y elocuente como todos los suyos, realzado por su dicción perfecta. Yo aún recuerdo con emoción como las invitaciones a la paz

se escapaban de su boca y revoloteaban ligeramente por el recinto como la paloma del arca. Un periodista inglés, cuando terminó de hablar, le ofreció una plaza para trabajar como locutor en la BBC de Londres. Desde luego, cuando se enteró de quién se trataba se apenó muchísimo.

Y lo que es la vida. Alberto Lleras, a causa del Frente Nacional, perdió su acomodo político. Fue la historia del doctor Guillotina. El papel suyo, que era el de eterno mediador en las desavenencias entre liberales y conservadores, impuesto siempre por éstos, perdió con el advenimiento de la reconciliación nacional su finalidad y Alberto sus funciones. Él lo comprendió así y se instaló en una bucólica finca campestre de Chía en donde se dedicó, según me dicen, a practicar el ciclismo para estimular el cuerpo, y a rumiar el pasto de sus gloriosos recuerdos para tonificar el alma. Alberto, como ya lo dijimos antes, es muy dado a gozar de las emociones Virgilianas de la política y del campo.

Yo tuve a Alberto Lleras por muchos años en el pináculo de mi admiración. La reciedumbre espiritual y la perpendicularidad de su carácter me atraían. Lo consideraba el heredero directo de las virtudes del general Pedro José Sarmiento, su honrado e Hidalgo antepasado, que siendo jefe de la guarnición de Tunja durante la presidencia de Núñez, entregó el parque cuya custodia le había encomendado el gobierno y luego se salió a combatirlo con las uñas. No hay nadie que no se conmueva ante este alarde heroico y romántico de honradez y de falta de sentido práctico. Y yo me conmoví. Alberto, para no alargarme, era para mí la más alta cumbre de nuestra geografía moral y todo era grande en él, hasta los dientes. Yo, desde luego, era muy joven e impresionable entonces. Lo recuerdo como si fuera hoy. Ocurrió un día de fiesta en que, por un corte fortuito de la energía eléctrica, se quedó sin periódicos la ciudad. Yo, sin tener que leer, me puse a repasar conceptos y pensé de repente, sin saber cómo, en que para ser tan fiero como su antepasado Pedro José Sarmiento a Alberto se le había olvidado un detalle. En efecto, el general, después de entregar el parque, se había lanzado como un noble león a la batalla, en tanto que Alberto, después de entregar el poder, había preferido irse como un despreocupado turista a pasar la violencia en la OEA.

Y una cosa es una cosa y otra cosa es otra cosa, según el sabio aforismo Bugueño. Luego caí en cuenta de que Alberto asumía a veces actitudes morales contradictorias, él, que en esas materias dice ser de una sola pieza, sin cocigás, ni sala-water como los apartamentos que se anuncian, exclusivamente para solteros, en la prensa. Una vez me sorprendió que Alberto, que es de naturaleza fría y cuyas reacciones se deslizan a lo largo de su sangre en trineo, se dejará arrebatar de la cólera. Fue hiriente, cruel, implacable como Cristo cuando arrojó a latigazos a los mercaderes del templo, y yo pensé que esa no era forma de tratar al doctor Alfonso López Michelsen, blanco de su feroz arremetida. El doctor Alfonso López, sea lo que sea, está relacionado con gente muy respetable y principal por parte de su esposa. Yo pensé decirle algo en ese sentido a Alberto Lleras, pero me frenó la consideración de que dos hombres como Cristo y él, tan conocidos e importantes ambos y como dicen las señoras "hijos de semejantes papás", no iban de la noche a la mañana a atacar a alguien así porque sí. La radiografía moral de López Michelsen, hecha por Lleras dice así: "... el hoy oficial de enlace del rojaspinillismo no recuerda cómo ni cuándo entró a la política. La política y los políticos viejos recordamos muy bien su tormentosa aparición en la vida pública que le costó al Partido Liberal el poder, en una batalla interna en que los dos candidatos presidenciales se disputaban la más dura posición para censurar las intervenciones del hijo del ejecutivo en negocios cuyo escándalo resuena todavía en la historia. No estaba el señor López mientras los demás, según él, andábamos en prematuras luchas políticas, sirviendo a su padre, como jamás pudo o quiso servirlo López Michelsen, escondido en la Universidad acumulando la sabiduría política que hoy está al servicio de Rojas y de Gómez, éste último su detractor más deslenguado en el tiempo de la referencia. Estaba haciendo los negocios cuya exhibición causó una crisis moral sin precedentes en la historia de nuestro tiempo. En esa crisis ni Carlos Lleras ni yo merecimos los más ardientes lugares del infierno, y López lo recuerda. Contribuimos, sí, a que el nombre de Alfonso López El Grande pasara a la historia como se lo merecía el gran transformador de Colombia. Pero ganamos, en cambio, el resentimiento de quien ha sido novelista, político y ahora oficial de enlace de Rojas para tomar venganza de quienes no pudieron acompañarlo en sus aventuras. Esa es la carta de navegación auténtica. Hay en ella de todo, hasta piratería". (El Espectador, 23 de enero 1966).

Jesús credo. Alberto Lleras no fue nada benévolo con el hijo de su protector. Nada de paños tibios. Fue una fría decapitación moral que causó mucha impresión en la ciudad la cual no recordaba un remezón igual desde los temblores del año diecisiete. Las relaciones entre los dos quedaron de hecho rotas como ahora las nuestras con Fidel. Unos años más tarde, sin embargo, por esas vueltas

inexplicables que da la vida, López Michelsen, en fraternal competencia con Álvaro Gómez, ganó las elecciones presidenciales y entonces, desde todas las vertientes del oportunismo, comenzaron a llegarle adhesiones. Una de ellas, la más significativa de todas por ser la más inesperada, fue, quién lo creyera, la de Alberto Lleras. Esa melancólica reconciliación se llamó el abrazo de Chía. Lleras pronunció uno de sus acostumbrados discursos, haciendo un encendido elogio del candidato, y una socarrona sonrisa de incredulidad plegaba los labios de este mientras el orador avanzaba en el texto como si se negara a admitir que fuera cierta tamaña humillación. Yo creí que se me iba a caer la cara de vergüenza y sentí pena por Alberto Lleras. Lo había colocado demasiado arriba en la escala de los valores humanos y el sol le había derretido su grandeza como las alas a Icaro.

Luego caí en cuenta de que la mayor preocupación de Alberto Lleras no es el Partido Liberal, sino que no se caiga el Partido Liberal, y pienso que en la defensa obstinada de esta tesis oportunista e inmoral está la clave de todos sus claroscuros y claudicaciones. Lo que importa no es que la sal se corrompa sino que el rebaño se acostumbra comerla así. Es por eso por lo que calló en la segunda administración del primer López y es por eso por lo que fue alcahuete de los negocios familiares del segundo, cuando la ola de la indignación nacional encrespaba al país y amenazaba dar en tierra con el Mandato Claro. La excepción fue en 1946, cuando para evitar que un liberal de su generación llegara al poder aclamado por el pueblo antes que él, privó su vanidad y se olvidó del partido. He oído decir desde niño que, cuando el señor quiere perder a los hombres los hace soberbios.

Yo puedo estar equivocado y no descarto esa posibilidad. *Humanum est errare*, como dice Alberto Lleras que sabe latín. Lo admiré como ya dije, y él se encargó de defraudar mi admiración. Hoy me recuerda una de esas rocas adustas, desnudas, desafiantes, que veía yo de niño en las tierras desoladas de García Rovira y en la cima de las cuales, en una grieta, como un milagro de la naturaleza, nace de pronto una flor. Alberto Lleras, digo, es una de esas rocas y su inconmensurable, su desenfrenado amor a sí mismo, es la flor.

Capítulo XI

JULIO CÉSAR TURBAY

Es bien sabido que Julio César Turbay, cuando todavía usaba pantalón corto, eso que ahora llaman bermudas, ya estaba en la política y que su primer puesto en esa profesión fue el de concejal de Engativá.

Engativá era entonces un diminuto municipio aldeaño a Bogotá, cuando Bogotá era una ciudad pequeña y encantadora, de gentes honorables y dignas, que llevaban una vida tranquila, decente y señorial. Había estilo. Engativá no debía pasar entonces de 50 habitantes. Era apenas un punto en la sabana. Y nadie sabe cómo ese joven corpulento y de bermudas, logró convencer a esos 50 habitantes de que lo hicieran edil, cuando todavía en la veleta de la voz le cantaban los gallos de la pubertad. Cosas del ancestro quizá. Julio César se debió inspirar en algunos modestos paisanos suyos, que entonces se ganaban la vida honorablemente vendiendo zarazas de puerta en puerta, y yo creo muy seguro que él fuera de domicilio en domicilio, ofreciendo "an vez de telas para las sañoras", luz, agua y alcantarillado para el municipio. En esa época, los políticos todavía no se habían encargado de desacreditar las promesas, y ante semejante ofrecimiento ¿quién podía resistirse? Los engativeños tampoco.

Yo no me he preocupado nunca por averiguar si Julio César cumplió o no sus atractivas promesas. He conocido a lo largo de mi vida especímenes raros, como individuos que nacieron con dos cabezas, o con los pies en la cabeza, como ciertos representantes al Congreso, pero todavía no he conocido a nadie que tuviera la extravagancia de nacer en Engativá. No tengo pues, a nadie a quien preguntarle. Lo que sí sé es que, siendo el concejal más brillante de esa localidad, Julio César conoció a alguien que iba a ser definitivo en su vida. No me refiero a su esposa, como sucede siempre en los libros, porque Julio César todavía no estaba en edad para pensar en esas cosas, sino al doctor Alfonso López Pumarejo, elegante y escéptico Clubman atrapado por la política, que tenía una finca de recreo en los términos municipales de Engativá. El doctor López Pumarejo se metió un día, de aburrido, a una sesión del Concejo y se sorprendió con la briosa juventud y la temprana gracia de Julio César. En efecto, este, al notar su presencia, lo instaló en el mejor taburete y lo bañó con un discurso desbordante de elogios y de admiración. Éstos, a medida que él hablaba, iban cayendo sobre su escaso auditorio como caen las hojas de un árbol corpulento cuando lo sacude la sinfonía beethoveniana del huracán. ¿Les gustó el símil? Pues en el discurso de Julio César los había mejores. Unos amigos comunes que conocieron, en reproducción, esta pieza que se considera orbital en la vida política de Julio César, me decían hace pocos días que, desde el punto de vista del auditorio, es la mejor que él ha pronunciado en todo el curso de su heroica y ya culminada carrera. Les creo. Ellos aducían que ese discurso no había durado sino 10 minutos a tiempo que los que pronuncia hoy duran 120 horas. Es decir, las tres que tarda pronunciándolos, multiplicada por las 40 veces que los repiten en la televisión. Nadie podrá quejarse del rigor aritmético de los amigos comunes de Julio César y yo.

Ese día, al descender Julio César del estrado -estrado es un decir porque ¿qué iba a haber estrados entonces en el Concejo de Engativá? -El doctor López Pumarejo lo abrazó y le agradeció el discurso con una sonrisa displicente. Luego se retiró y le mandó una razón con su chofer. Lo esperaba al día siguiente en su casa a la hora de los copetines. Le exigía, si era posible, que prescindiera de las Bermudas y se pusiera unos pantalones largos. No le gustaban descubiertas sino las piernas de las mujeres y no tan pantorrilludas como las de Julio César. Éste llegó a la cita puntual y sin Bermudas, con un traje completo de Aníbal, su hermano mayor, que le venía bastante estrecho, y con la primera corbata de hélice que usó en su vida. Este detalle, trivial en apariencia, da la medida de su innata sagacidad política y de su capacidad casi líquida para amoldarse a los distintos ambientes y circunstancias que le han sido de tanto beneficio para triunfar en la vida. López Pumarejo, que a pesar de ser un hombre bien vestido, tenía una incomprensible debilidad por las corbatas de hélice,

que son atuendo de meseros, sintió crecer su simpatía inicial por Julio César y lo tomó desde ese momento bajo su decisivo padrino.

Julio César, al llegar esa noche a su casa, mientras se liberaba del apretado traje de Aníbal y besaba agradecido el corbatín, debió bendecir a Alá. Luego repetiría, sin saberlo, si las históricas palabras que pronunció su tocayo, el general romano, hace algo más de 2000 años, cuando para caer como un águila rampante sobre Roma atravesó con sus legiones el Rubicón. ¡Alea jacta est!, dijo el Julio César de allá. -¡Garajo, la suerte está echada!, debió decir el Julio César de aquí apagando la luz y echándose a dormir.

Julio César, desde esa noche, nunca ha vuelto a usar sino corbatas de hélice. Las considera un amuleto de buena suerte.

Engativá fue el primer peldaño de la larga y pesada escalera que Julio César Turbay tuvo que subir para llegar al poder. Entre él y la presidencia se interponían mayores obstáculos que entre ella y los demás candidatos liberales que la han cortejado y que también la han hecho suya. Hasta el último momento él fue el novio enamorado y humilde que sufría continuos desaires sin desanimarse, haciendo de ellos, por el contrario, nuevos estímulos para su pasión. Los Lleras, Carlos y Alberto, no tenían dinero, es cierto, pero tenían posición y buenas relaciones. López Michelsen, el yerno de mi tío Julio, tenía las dos cosas -posición y buenas relaciones y el dinero abundante y fácil derivado del escándalo de la Handel-, y una tercera, además: el prestigio político heredado gratuitamente su papá. En cambio, Julio César Turbay Ayala no tenía dinero ni apellidos ilustres en este país. Era el renuevo de un respetable inmigrante libanés que, como tantos otros hijos desprendidos de esta tierra, que existía ya en los tiempos bíblicos, había llegado aquí en busca de una vida mejor. En los más diversos sitios del país los libaneses se establecieron, la mayor parte de ellos como comerciantes pues son muy hábiles en ese renglón, y amasaron un capital honrado. En este suelo su corazón se abrió al amor y encontraron esposa y tuvieron sus hijos y han visto levantarse a sus nietos. Yo no entiendo como país libre como el nuestro, que es un mosaico de sangres, todavía sin una raza definida, pueda practicar la discriminación con personas que vienen de un pueblo noble y legendario, que tiene todavía adherido a sus sandalias el polvo de los caminos que atraviesan las páginas maestras de la escritura, impregnándolas de poesía.

Julio César, en su arduo peregrinaje hacia la soñada meca del poder, que a veces parecía esfumarse ante sus ojos como un espejismo del desierto, debió enfrentarse a ese prejuicio. Era el recuelo de la infame campaña política que había atizado El Siglo treinta años atrás para cerrarle el paso a la presidencia de Gabriel Turbay, hijo de inmigrantes también, pero un colombiano visceral, de corazón, que siempre llevó a la patria desplegada arrogantemente en el alma como una bandera. La honró y la sirvió como pocos, y, al comprobar la mezquindad y el desvío de las personas a quienes había estimado y querido, se alejó desencantado del país y lo mató la tristeza. Esto, sin embargo, se lo puede contar a Julio César con mayores detalles Álvaro Gómez Hurtado, ahora huésped habitual y preferido de palacio.

yo rechazo esas discriminaciones. Hay personas limpias y honradas en todos los meridianos, así como las hay indeseables, y sólo esa consideración debe tenerse en cuenta para juzgar a los hombres. Los moros estuvieron ocho siglos en España y nosotros, que procedemos de allá, tenemos por fuerza que tener un galeón morisco navegándonos en la sangre. Como en los versos hoy pasados de moda de Emilio Carrere: "Leonardo, el Moro, su imperio tenía, sobre una galera de piratería...". Eso yo lo reconozco en mi tendencia a la molicie, en los palacios de las mil y una noches que pueblan mi fantasía, en mi nostalgia de los serrillos y también en los ojos oscuros del general, mi padre, que brillaban como alfanges desnudos cuando los arrebatava la cólera. Yo no fui Turbayista en la pasada campaña electoral, pero no por prejuicios raciales, de repudio como liberal, sino porque Carlos Lleras, el otro candidato, me parecía más idóneo. Julio César, por otra parte, en este país donde la mayoría de los políticos son compadrones y clientelistas, si se abriera un concurso, tendría más méritos acumulados que todos los demás para que le adjudicaran el Oscar. Así, con el apoyo seguro de su padrino, que le abrió las puertas de la política pero se reservó la llave, Julio César se paseó con su corbata de hélice por todas las posiciones. Las bermudas ya eran sólo un lejano recuerdo. Nadie tan útil como Julio César, para llevar a las giras políticas. En esa época, Julio César hablaba en todas las plazas con su curiosa voz nasal que llega hasta los últimos rincones, porque tiene pulmones de trompetista, y no decía nada en sus discursos que pudiera opacar el prestigio del orador central. Ésos discursos suyos eran sólo contribuciones para hacer más comunes los lugares comunes. Eran el simple ruido de las palabras retumbando como los batanes

en la descomunal aventura que tuvo con ellos Don Quijote. Tenía además, y hoy más que entonces, una figura maciza e imponente que, con su expresión inmutable y sus grandes anteojos como dos faros de automóvil, impresionaba poderosamente al pueblo. Este, que siente una invencible atracción por la mecánica automotriz, aplaudía hasta el delirio al verlo aparecer en el balcón, creyendo que era un campero y que iban a rifarlo entre la concurrencia. La ilusión óptica se desvanecía, sin embargo, cuando el campero saludaba con un guardafango en alto, abría la tapa del motor y desde el fondo del carburador gritaba: "Hermanos Liberales...".

Julio César se hizo el amo absoluto de los barrios bajos bogotanos en donde se concentra la mayor fuerza electoral de la ciudad. En ellos campeaba como el Mío Cid, sólo que no a caballo sino en taxi, porque tampoco tenía todavía automóvil propio. Eran los barrios de los votos y de los piqueteaderos, y nadie como él para derrotar a los jefes comunales en el juego vernáculo del turmequé. Era increíble su gracia para mecer el brazo y disparar el tejo, que se elevaba en el aire hasta cierta altura y de pronto se precipitaba con la precisión de un proyectil teledirigido sobre su objetivo para caer finalmente a tierra, entre el ruido de mechas reventadas, desflorando el bocín. Entretanto, las barras, embobadas, se quitaban respetuosamente el sombrero y decían: "¡ah, hijuemíchica, qué tino tan verraco el de don Fulio César". No era menos admirable su capacidad para engullir papas y huesos de marrano e ingerir amarga durante toda la noche, sin experimentar nunca hartura ni mareos, corriéndole apenas de tanto en tanto un punto más al cinturón y lanzando hacia el techo, con el más puro estilo de Los Laches, un largo y sonoro eructo de satisfacción. La concurrencia, incapaz de contener su admiración, intervenía de nuevo: "Ah, hijuemíchica, lo máfsimo en eructos si es don Fulio César".

Eso, sin embargo, era lo de menos, pienso yo. Lo que en realidad dejaba a todo el mundo estupefacto era la finísima y delicada labor de filigrana que ejecutaba Julio César, entre la tarascada de marrano y sorbo de cerveza, para cuadrar la lista del directorio liberal de zona, premiando méritos, posponiendo aspiraciones, ofreciendo puestos y reconciliando compadres. No derrocharon más arte sus ilustres antepasados, los lapidarios árabes, cuando bordaban en piedra rubia el soberbio monumento de encaje de La Alhambra, que ha deslumbrado siempre a la humanidad desde las iluminadas colinas de Granada.

Julio César salía de allí amanecido, después de haber desayunado con un reforzador caldo de pajarilla, a darle el parte de victoria al candidato de turno. López, su acuciente político. Eduardo santos. Los dos Lleras. López Michelsen, el esposo de mi prima Cecilia. Todos los cuales lo felicitaban por su gran mística liberal, y al verlo así, con sus manos fuertes como de guardaespaldas sucias de barro, los ojos estriados de rojo y eructando cerveza, le decían sin acordarse de darle las gracias:

"Bueno, Julio César, entonces mañana a la misma hora, ya sabe. Y hoy sí váyase pronto para su casa, dése un buen baño con agua y con jabón para que le caiga el mugre, y acuéstese..."

La cantidad de desaires que Julio César tuvo que sufrir, de antesalas que hacer, de discursos que pronunciar, de órdenes que recibir, de manzanillos que abrazar, de cerveza que ingerir, de huesos de marrano que morder, de partidas de tejo que jugar, de eructos que emitir, de giras políticas que acompañar y de servicios políticos que cumplir, es infinita. La alta oligarquía política juzgaba que Julio César, que militaba aparentemente satisfecho en las filas más aberradas de la oligarquía media, se contentaría siempre con una curul, con un ministerio o con una embajada, sin pretender mirar nunca más alto. Las señoras preguntaban en las estiradas comidas de corbata negra, refiriéndose desde luego, no a ellas, sino al poder: "¿Y no les da miedo que de pronto va y Julio César se nos monte?". No les daba miedo. Y la respuesta era siempre negativa, como si las señoras hubieran preguntado un absurdo: "no, es que ustedes no lo conocen, decían, Julio César no es ambicioso, Julio César sólo es servicial. Además, acuérdense ustedes de lo que le pasó a Gabriel Turbay..."

Estaban en un supino error. Julio César, a pesar de su rostro impasible, bonachón y como almidonado, iba colocando astutamente, una por una, las fichas de su juego en el tablero, con un arte sutil. No era que no tuviera ambiciones, como las tienen todos, sino que las disimulaba. Bajo su apariencia inofensiva y pesada, como de hipopótamo dibujado por Walt Disney para entretener a los niños, desarrollaba la actividad febril de un colibrí. Yo no sé si ustedes hayan observado con atención a estos pajaritos admirables, que aparentemente se sostienen quietos en el aire, chupando lo mejor de las flores, sin mover las alas, cuando la verdad es que las están moviendo una velocidad diabólica que le cuesta trabajo seguir al ojo humano. Julio César en política, antes de llegar a la presidencia,

siempre actuaba así. Como los colibríes, moviéndose siempre sin moverse nunca y chupando, en todo momento, los más delicados néctares del inagotable rosal del presupuesto. Los demás, sin embargo, no se daban cuenta. Está escrito en el Corán. "Alá dijo: reservaré los más jugosos dátiles para mis elegidos".

En un momento dado, Julio César tenía ya su propia fuerza política independiente, y la crema de los manzanillos del país era su propia crema. Hasta el punto de que su candidatura para el período 1974-1978 comenzó a sonar, desde dos años antes, enfrentada a las de Carlos Lleras y López Michelsen, el yerno de mi tío Julio. Ellos dos, Lleras y López, pese a que se han repelido siempre como la menstruación y la leche, siendo Carlos la leche, se unieron por primera vez en la vida para deshacerse conjuntamente de Julio César. Lo hicieron nombrar embajador en Londres y Julio César, que todavía no se sentía lo suficientemente fuerte, aceptó sorpresivamente la designación, después de revisar su orientador mapa político. Él lo tiene en su estudio, en el cual naturalmente jamás ha estudiado, pegado con chinches a la pared. Es un mapa como los que usan los generales en las guerras, es decir, con banderitas de dos colores para señalar las posiciones ocupadas por sus propias fuerzas y por la del enemigo. El resultado, aunque halagador para él, habría que mejorarlo. En el 40% de los municipios del país había banderitas con la hermosa T de Turbay. En el otro 40% había banderitas con la peligrosa LI de Lleras. Y en el 20% restante las banderitas tenían la fatal L de López. Consecuencia: le faltaba aún colocar jefes manzanillos en el sesenta por ciento de los municipios nacionales. Julio César entonces viajó a Londres. Tenía la idea de que en la memorable batalla de las Queseras del Medio, don Santiago Páez, dueño de La Cigarra, había fingido huir con sus bravos llaneros para dar por último, cuando el enemigo que los perseguía no esperaba ya ninguna resistencia, la sublime orden de "vuelvan caras" y conquistar así la victoria. Él haría lo mismo.

El día en que se reunió la convención liberal, que iba a elegir candidato presidencial entre Carlos Lleras y López Michelsen, el marido de mi prima Cecilia, Julio César estaba con cuatro teléfonos conectados directamente con el Salón Elíptico del Capitolio en su ampuloso estudio de la embajada. En el cual, según todo permite sospecharlo, tampoco estudiaba. López Michelsen, El yerno de mi tío Julio, que sabe siempre como conseguir sus fines, sin reparar en los medios, se comunicó con él. Carlos Lleras no quiso hacerlo, sólo Dios sabe si por no juzgarlo necesario o por descuido, y eso lo perdió. Y también al país. Julio César le dio entonces orden terminante a su grupo de convencionistas cautivos de sumar sus votos a los de López Michelsen, el cuñado de mi prima Polín. Y este triunfo. Julio César nunca podrá medir el inmenso daño moral involuntario que le hizo esa noche al liberalismo y a Colombia.

Los cuatro años de pesadilla del gobierno de López Michelsen, el consejero de mi prima Lucila, se demoraron mucho en pasar, pero por fin pasaron. Entretanto, como candidatos para sucederlo, se presentaron Carlos Lleras, que había sido antes el tercer presidente del frente nacional, y el propio Julio César. Este, con el apoyo tácito pero decisivo del gobierno, "hoy por ti mañana por mí", cumplió por fin la aspiración máxima de su vida, desde que se había iniciado muchos años atrás en la política, de bermudas y cuando todavía los gallos de la voz le cantaban en la veleta de la pubertad, como concejal principal de Engativá. Era un premio a su perseverancia más que sus capacidades del gobierno. El Corán, sin embargo, lo dice: "la perseverancia es la virtud que le barmite a la gota convertirse en nube y al hombre elevarse sobre los demás".

La ceremonia de posesión, ante el Congreso, tuvo lugar el 7 agosto 1978. Julio César, como es usual, llegó vestido de ceremonia y sombrero de copa. Eso le daba aspecto de prestidigitador y en alguna forma él lo es. Había sacado casi del aire la banda que le cruzaba el pecho y la felicidad le impartía un brillo resplandeciente a sus anteojos. Esa noche al quedarse solo con su familia se debió poner cómodo. Ocuparía su poltrona habitual y se soltaría el cuello de la camisa y la pretina de los pantalones. Y como si estuviera en una de sus pretéritas tenidas preelectorales en Los Laches, lanzando satisfecho un interminable eructo en contravía, exclamaría exultante:

-¡Carajo, por fin llegamos!

La opinión celebró el ascenso de Julio César al poder sin muchas ilusiones, pero con un prolongado suspiro de alivio, como cuando después de cuatro años de tratamiento equivocado al paciente le permiten cambiar de médico.

El gobierno anterior había sido un completo desastre en todos los sentidos. La patada, como dicen los jóvenes. Y Julio César recibía el país con una notoria inversión de sus medidas y valores: el costo

de vida, que debiera estar abajo, por las nubes, y la moral, que debiera estar arriba, contra el suelo. Lo contrario, pues, de lo que debe hacer un hombre que pretende que lo llamen estadista, como es el caso de López Michelsen, padrino de matrimonio de mi sobrina Beatriz. En lo que nadie disenta era que el gobierno entrante, por malo que fuera, no podía ser peor que el anterior. Era algo.

Lo descorazonador es que, a poco andar, el país se dio cuenta de que había cambiado de médico pero no de medicinas. Julio César no era un hombre de estado, sino un político componedor y curulero, que viéndose en el espejo explicablemente se había acostumbrado a la inflación. En efecto, él ha estado desde el primer momento en manos de sus ministros y asesores para las cosas técnicas, pero ateniéndose a los resultados que publica todos los meses el Dane, una agencia oficial que obviamente no es demasiado rigurosa sus estadísticas, no seríamos sinceros si dijéramos que han sido los más aptos. Es posible que si no fuera por ellos, ya el país entero estaría con una totuma en la mano pidiendo a la entrada de la ONU "una limosnita, por el amor de Dios". Pero eso no lo sabemos nosotros que no somos másteres del MIT. No estamos así, lo admito, pero lo vamos a estar muy pronto, si el precio de los víveres sigue subiendo todos los días, a menos que no los compremos en los supermercados sino en los elocuentes discursos que pronuncia Julio César en la televisión, sosteniendo que, según sus informes, todo ha bajado. Julio César, pues, y eso se dice en su descargo, no está bien informado. El adolece del mismo mal que ataca al subir al poder a todos los presidentes, aunque de candidatos hayan dicho sin excepción que al ser ungidos con la máxima investidura estarían siempre abiertos, como casas defenestradas, a los saludables vientos de la crítica. Mentira, es llegar a la meta y su criterio se cierra a piedra y lodo para esas mismas críticas que antes solicitaba. Las consideran desacatos a la majestad de la República, bombas de tiempo colocadas en la base de las instituciones, brotes inadmisibles de oposición subversiva y falacias de guerrilleros intelectuales. El Estatuto de Seguridad salió de allí, aunque nadie niega que existen peligrosos movimientos armados que apelan, para mejorar las cosas, a caminos equivocados. Lo curioso es que ese Estatuto, que por lo demás es una pieza represiva, indigna de espíritus liberales, opera menos contra los alzados en armas, contra los secuestradores y contra los hampones, que contra las gentes inofensivas pero sospechosas de simpatizar con las ideas de izquierda.

El caso más patente de esos excesos fue el de Luis Vidales, teórico marxista en su lejana juventud, poeta excelente además y que hoy, a los ochenta años de su edad, se gana la vida trabajando honorablemente en estadística. Una madrugada agentes secretos armados allanaron su apartamento y se lo llevaron en pijama, amenazándolo con el ojo de sus metralletas, a las instalaciones que tiene la Brigada de Institutos Militares en Usaquén. La gente que vivía en el mismo edificio, como era apenas natural, se despertó sobresaltada con semejante aparato bélico. Estaba aterrada. Había convivido durante muchos años con un peligroso anarquista, disfrazado de dulce y bondadoso anciano, a oscuras por completo el peligro que corrían. No se culpaban, sin embargo, porque el disfraz de anciano dulce bondadoso era tan perfecto que podía engañar al propio Servicio de Inteligencia de los Estados Unidos. Ese hombre, además de anarquista, debía ser una eminencia mundial en maquillaje. ¡Haberlo sabido a tiempo!, decía un inquilino mirando de reojo a su esposa, una dama que tenía una de esas caras que son el sueño de un cirujano plástico.

La absurda detención de Luis Vidales causó conmoción hasta en el mismo gobierno, en donde él contaba con devotos admiradores y amigos influyentes que abogaron, con éxito por su inmediata libertad. Todos ellos lo sabían incapaz, tanto por su edad, como por sus antecedentes, de conspirar contra las instituciones. Ni siquiera de componerle un poema punitivo a Julio César, como los que le dedicó Pablo Neruda a Laureano Gómez cuando éste fue presidente, increíblemente mediocres por cierto. Lo interrogaron y lo devolvieron, libre ya de toda sospecha, a su apartamento. El contó entonces que lo habían confinado en un patio junto a otros detenidos anónimos, sin duda para ablandarlo, y lo habían obligado a permanecer por varias horas parado en un solo pie y con los ojos vendados. Como cuando siendo niño jugaba la gallina ciega. Esto produce risa hoy, pero no se la produjo a Luis Vidales, desde luego. El, sin embargo, recibió un tratamiento benigno. Ha habido individuos, sin amigos influyentes pienso yo, que han sido sometidos a salvajes choques eléctricos y colgados infamemente de la sagrada Trinidad, fuera de los que han desaparecido sin volver a saber nada de ellos. En las esferas oficiales no dan razón ninguna de su suerte. Yo supongo que deben estar trabajando en el Hombre Invisible de la televisión. El Estatuto de Seguridad sólo ha servido en el país para crear mayor inseguridad.

El mayor éxito de Julio César durante su gobierno, si ha tenido otros, es su manejo exacto de la situación cuando el inverosímil secuestro de los diplomáticos extranjeros por un grupo de guerrilleros

del M-19. Fue un golpe audaz, espectacular, certero, calculado con precisión matemática y del cual puede salir la película apasionante si Hollywood se muestra interesado. Hubo de todo, hasta romance entre la Chiqui, la joven guerrillera de hermosos y románticos ojos que sirvió como negociadora en las conversaciones de arreglo, y uno de los diplomáticos secuestrados. El nuncio de Su Santidad, que estaba en las mismas circunstancias, cautivo, pero no de amor, les impartía la bendición apostólica. Los guerrilleros y sus prisioneros celebraron con champaña el cumpleaños del embajador de Venezuela. Hubo necesidad de llamar un día al eminente especialista Enrique Urdaneta Holguín para atender de urgencia uno de los detenidos que dijo tener un ataque cardíaco, y, después de minuciosos exámenes, el ataque resultó ser de los que los tolimenses llaman culillo. Una noche, aprovechando un descuido de los guerrilleros, el representante del Uruguay se escapó de la embajada de Santo Domingo por una ventana en una fuga que le faltó a Papillon. Los diplomáticos, haciendo honor a su profesión, se dedicaron a "estrechar aún más", si cabe, sus relaciones de amistad con sus captores, y tuvieron éxito. El resultado fue un campeonato de ping pong en el que se disputaron la final Diego Asencio, el jocundo y monumental embajador de los Estados Unidos, y el Comandante Uno, jefe de los guerrilleros. El primero triunfó, pero el segundo se dio el lujo de poner a Asencio a que le recogiera las bolas. No faltó tampoco el toque de humor. Todos los secuestrados, por razones de seguridad, tenían que hacer aguas con centinela de vista, incluyendo al nuncio de Su Santidad, pero a éste, por respeto en parte y en parte por la sotana, le permitían hacerlo sentado en el bidé. El fervor católico del M-19 es edificante. Yo estoy seguro de que si, con tan notable material, Hollywood no hace una película superior, es porque Hollywood está acabado.

Es indudable que si el golpe del M-19 no tuvo pierda, el tratamiento que le dio Julio César a la situación tampoco lo tuvo, y hasta lo aventajó. La astucia, la lentitud, la habilidad de que él hizo gala fueron piezas insignes de antología. La paciencia suya acabó con la paciencia de los secuestradores, que, en última instancia, pedían mucho y no lograron sino muy poco. Le sirvió bastante, pienso yo, su práctica administrativa. Julio César les dio a los negociadores del M-19 el mismo caramelo que les da a los pobres desdichados que, sin ser Turbayistas, van a solicitarle puesto, hasta que los desespero. Alá debió sentirse orgulloso de su hijo, y nosotros, como demócratas, también.

Entre la elección de Julio César y su posesión mediaron aproximadamente seis meses, en el curso de los cuales él se dedicó a decir lo que más tarde un folclórico ministro suyo calificó de mentiras piadosas. El vino dulce de la victoria le echó a perder su habitual mesura y un tipo triunfalista hizo su aparición en todas sus declaraciones. Las adhesiones oportunistas ayudaron también a marearlo y a acelerarle la imaginación. La adhesión de El Tiempo, que hasta la víspera había estado con Carlos Lleras, fue la primera y la menos elegante. Equivalía a proponerle matrimonio Julio César en el salón en donde todavía se estaba velando a Carlos Lleras. Llegó, sin embargo, a través de un editorial que fue muy bien recibido entonces. Era de Alberto Lleras y había sido escrito en la posición en que los musulmanes suelen implorarle sus Mercedes a Alá: arrodillados, con los brazos extendidos y besando humildemente el suelo.

Las mentiras de Julio César, viéndolo bien, eran chistosas más que piadosas. Y las de ahora no lo son tanto, porque cuando se dice que las cosas están baratas estando caras, cuesta trabajo descubrir dónde está el chiste. Un estómago vacío no aprecia el humor. En cambio, la afirmación que hizo Julio César en una entrevista que conoció todo el país, días antes de posesionarse, todavía hoy sigue celebrándose. Todo el mundo sabe que la política absorbió tan por completo su tiempo y sus capacidades que no dejó ningún momento libre para nada que no fuera ella y de esto no se salvó ni la lectura, aunque su buen sentido y su sorprendente capacidad para captar al vuelo todo lo que oye, le permiten participar en cualquier conversación sin delatarse. Los académicos de la lengua, por ejemplo, si discuten con él sobre el que galicado quedan convencidos de que Julio César lo conoció en Francia. La gente dice que casi todo lo que él sabe lo ha aprendido conversando con su amigo Abelardo Forero Benavides. Eso no importa. No le impidió ser presidente. Don Pepe Sierra, el primer millonario que ha tenido el país, era así, sólo que no en la política sino en las finanzas. Un día, a un letrado miope que le servía de secretario, y que le hacía el reparo de que había escrito hacienda sin hache, le dio don Pepe esta réplica cargada de sarcasmo y de sabiduría:

- le diré, Bedoya, lo importante, en materia de haciendas, no es saber cómo se escriben. Yo, por ejemplo, tengo trescientas haciendas sin hache. ¿Usted me puede decir cuántas tiene con ella?

Julio César, volviendo a nuestro cuento, se ufanó ante su entrevistadora, que era la Cacica Consuelo Araujo Noguera, vallenata muy aguda e inteligente, de su amor por los libros. Es decir, de su erudición secreta. Y le dijo en tono casual, como al desgaire, mientras se limpiaba los anteojos: - pues ha de saber, consuelo, que allá adentro, en mi biblioteca, que no se la muestro ahora porque está toda desarreglada, tengo siete mil volúmenes... quizá más.

La Cacica, que sabe que Julio César lo único que se le son las listas de jurados en vísperas electorales, pegó un soberano brinco en el asiento y sólo acertó a decir, asombrada:

- Mialda, presidente, ¿y cuándo tiene pensado principiar a leérselos?

Julio César la miró feo, pero la entrevista continuó. Y él llevo entonces la conversación hacia el campo de las genealogías. Las genealogías son tonterías, Consuelo, dijo muy razonablemente. Uno vale por lo que es, no por lo que hayan sido sus taitas y sus antepasados, como lo piensan muchos en el decadente barrio de la Candelaria. (era para lanzarle un puyazo a Carlos Lleras, el candidato derrotado, que había nacido en ese barrio). Yo, por ejemplo, desciendo de los Ayalas, por la línea materna, ¿y cree usted que he pensado en jactarme de ello? Nunca. Es la primera vez.

- ¿Los Ayalas?, repitió la cacica, perpleja, porque por más que se devanaba la cabeza no recordaba ningún hecho sobresaliente relacionado con ellos.

- Sí, consuelo, Los Ayalas, declaró Julio César para sacarla de su pasmo. Esos valientes hermanos que acompañaron a Colón en el descubrimiento de América. Eran tataaalgo míos y uno de ellos fue el que primero gritó desde la cofa de una de las carabelas: ¡Tierra!

La Cacica comprendió que a quienes se refería Julio César era a los hermanos Pinzón, Martín Alonso y Vicente, pero prudentemente se calló y no dijo ni miércoles. Hizo bien. Nadie se atreve a decirle un presidente electo, que se jacta de ello, que sus antepasados no descubrieron América. Además, a la Cacica que diablos iba importarle que Los Ayalas no fueran los Pinzones. Luego se comprobó, durante su gobierno, que de las equivocaciones de Julio César esa ha sido la menor. Los orientales, y a Julio César le corre la sangre de los califas por las venas, han tenido siempre una imaginación fabulosa. Han sido grandes viajeros. La alfombra mágica, que flota desplegada en los cuentos infantiles sobre la ingente vastedad del mundo, volando por encima de las altas montañas, de los mares azules, de las ciudades ignotas y de las cúpulas doradas de las pagodas y de las mezquitas que resplandecen a la luz como soles caídos, es una realidad en el corazón de Julio César. No un mito. El se pasa a menudo la mano por el abdomen en un gesto maquinal, automático, porque su voz ancestral de decir al oído: "el capitán anuncia que el vuelo número XX va a iniciarse; se ruega a los pasajeros se sirvan abrocharse sus cinturones de seguridad".

Julio César como presidente, resolvió seguir los impulsos de su vocación peregrina. No ha habido desde entonces sitio de la tierra que no conserve la huella sus trashumantes mocasines. Los viajes por el interior del país no cuentan aunque son muy frecuentes. La opinión, que ha sido conquistada por el deporte, los considera como simples prácticas de calentamiento. Uno de sus viajes, sin embargo, se recuerda con horror nacional. Fue el que realizó Julio César a las islas del Rosario, próximas a Cartagena, en donde una aguamala, sin saber de quién se trataba, le urticó con sus filamentos uno de sus dedos gordos. No se dijo inicialmente cual de ellos. La conmoción en todos los círculos fue enorme hasta que un comunicado de la Oficina de Información y Prensa de Palacio llegó como una pastilla tranquilizante a todos los hogares. Decía así:

"Esta oficina lamenta tener que comunicar a la opinión pública que el Presidente, mientras tomaba un baño de mar en unión del general Luis Carlos Camacho Leiva, ministro de la defensa, fue atacado por una aguamala seguramente adiestrada en Cuba. El general Camacho y sus muchachos lograron capturarla y después de someterla a un sumario Consejo de Guerra, bajo la acusación de intento de magnicidio, la fusilaron en la playa. La aguamala no quiso decir nada ni nombrar defensor. La lesión sufrida por el mandatario está localizada evidentemente en uno de sus dedos gordos, pero no en el que se pensó en un principio, sino en el de un pie. El mandatario se recupera satisfactoriamente y hay paz en todo el territorio nacional. ¡Viva Colombia! "

El más espectacular y comentado de todos sus viajes al exterior fue el que realizó en un jumbo jet de Avianca, que tomó de ella en préstamo forzoso, al continente europeo. Lo hizo en unión de ochocientos amigos y clientelistas selectos. Europa creyó inicialmente que había vuelto a ser invadida por los bárbaros, y hasta pensó en acudir a la Nato y a la Otan para que la defendieran. Pero se tranquilizó cuando Julio César comenzó a visitar a los mandatarios de los países a donde llegaba con sus huestes, haciéndoles entrega de pesadas esmeraldas y de verdes y fascinantes discursos.

Los cancilleres recibirían, a su turno, pequeños obsequios de café en la categoría de Gran Saco y Cruces de Boyacá de dos kilos de peso.

Julio César les explicó que el propósito de su viaje era pacífico: quería borrar la pésima imagen que se tenía en nuestro país en el exterior, a causa del Estatuto de Seguridad y del intenso contrabando de marihuana y de cónsules. La delegación, desde ese momento, fue considerada como un circo en vacaciones y recibió el mismo tratamiento del Barnum Ringling Brothers

cuando va de visita a Europa. En esa forma estuvieron en España, Francia, Inglaterra, Italia, Alemania Occidental, Bélgica, Suiza, Yugoslavia y Finlandia, hasta que se les acabó el mapa. Julio César se sentía feliz, andando por todas partes como una cálida y amorosa gallina rodeada por sus ochocientos polluelos. Terminada la visita oficial abordaba el jumbo de Avianca y ordenaba bonachonamente al piloto:

- Bueno, mi querido amigo, póngale combustible a este chécher y ¡eche por donde digan las señoras! La comida abordo era exquisita, no sólo por ser por cuenta de Avianca, "la empresa de aviación más antigua de América", sino por su delicadeza. Julio César había obligado al agente de la compañía en París a contratar un chef de Cuisine fuera de serie. El hombre había sido condecorado por el gobierno francés, aparte de otros gobiernos, y usaba pegadas al gorro tradicional las etiquetas de los grandes hoteles y restaurantes del mundo donde había trabajado. Tenía casi tantas como la maleta de Julio César. Los invitados se acostumbraron al caviar y se familiarizaron hasta tal punto con la champaña, que terminaron destapándola a la colombiana, como en los barrios del sur, con los dientes.

En Helsinki, capital de Finlandia, con una temperatura bajo cero, tan helada como saludo entre Reagan y Brezhnev, Julio César descubrió el pretexto ideal para seguir viajando sin tener preocupaciones de gobierno. (En realidad, muy a menudo preguntaba qué estaría pasando allá -allá era Colombia- y si habría seguido subiendo durante su ausencia el costo de la vida. Avianca, pensaba él, que tiene tan buen servicio, debería encargarse de manejar el país).

El descubrimiento de Julio César en Helsinki es tan inteligente que yo no me explico cómo no lo han imitado todos los estadistas del continente. Ustedes dirán. Julio César colocó la primera noche los problemas colombianos sobre la parte exterior de la ventana de su cuarto y al día siguiente le amanecieron todos congelados. Es increíble, pensó sonriendo, lo que se aprende viajando.

El viaje terminó cuando Julio César se le agotaron las esmeraldas y los discursos que había llevado para repartir. Hubiera podido prolongarlo, porque en realidad todavía tenía discursos repetidos, pero con las esmeraldas, que habían encontrado en todas partes tan estimulante acogida, no pasaba igual. Lástima: de haberlo sabido hubiera llevado una manotada más. Sería la próxima vez. El día en que regresó a El Dorado, ante una desganada manifestación de empleados públicos que le había organizado el alcalde, pronunció un airado discurso saturado de arribismo social. Nunca antes le había dado por ahí. Era para responder las críticas que por su invasión pacífica a Europa le había formulado en su revista, Nueva Frontera, Carlos Lleras Restrepo. "Yo, decía, que traigo todavía vivo en las manos el calor de las de doña Isabelita II de Inglaterra, de las de Juan Carlos y Sofía de España y de las de Su Santidad el Papa, olorosas a Cristo, no quiero rebajarme a contestar los ataques de mis envidiosos críticos del decadente barrio de la Candelaria, que entre tanto tenían las suyas metidas entre los bolsillos pescando argumentos para intentar demeritarme. No me da pena decirlo: yo le he creado una imagen nueva, tersa y humectada en Europa al país". Los empleados del municipio prorrumpieron en ese momento, una señal del alcalde, en emotivos vivas a doña Elena Rubinstein.

Yo creo que Julio César, ya como presidente, si nadie a quién adular ni de quién depender, libre de compromisos y no con el poder en la mano, hubiera podido realizar una gran tarea como gobernante desde la cima vertiginosa a donde lo exaltó su destino. No supo entender su gran responsabilidad, sin embargo, y prefirió seguir flotando a media altura, como un inmenso globo cautivo, sujeto a la plataforma de la mediocridad política con las amarras de los compadrazgos y el manzanillismo. Julio César no despegó.

Eso hará que no deje, a su paso por la presidencia, una brillante obra de gobierno sino apenas una inmejorable guía de turismo. Es triste.